

Érase una vez un lord encantador y una dama desesperada

JULIANA CARTLAND

Selecta

Érase una vez un lord encantador y una dama desesperada

Juliana Cartland

Selecta

Esta historia es para ti, que te encanta pasar un buen tiempo deleitándote con los romances del pasado y que espero te hagan suspirar.

Capítulo 1

Inglaterra, 1814

La noticia de la muerte del señor Pendleton sorprendió a muchos en el poblado de Helmsley, quienes auguraban que el anciano viviría lo suficiente como para conseguir un buen esposo para su desventurada hija, Cataline. Era una empresa en la que se le había visto muy empecinado en los últimos meses. Debido a su falta de fortuna, esta tarea resultaba difícil, ya que no se encontraba en la posición de ofrecer una dote que al menos hiciera atractiva a su hija. Por ello, desde que ella había hecho su debut, la enviaba a toda clase de fiestas a las que la invitaban por mero compromiso, dado que su padre carecía de riquezas, pero poseía un buen apellido.

El luto reinante en cada rincón del modesto hogar no hacía más que entristecer su semblante al convertirse en un diario recordatorio de su nueva realidad. Pese a que no siempre estuvo de acuerdo con las exigencias de su padre para encontrarle un "buen esposo" que los sacara del apuro económico, lo echaba mucho de menos y no podía sentirse más sola y desvalida, dado que su padre era viudo ya que su madre había fallecido al dar a luz. En medio de su infortunio y de las constantes visitas que solo le recordaban lo desgraciada que

estaba siendo su vida, recibió por carta la noticia de la próxima llegada de su tía, lady Whitbey.

Cataline suspiró hondo. Luego de despedir la última visita de condolencias del día, meditó que jamás ocurriría eso si su padre estuviera vivo. Si bien sabía que su progenitor no viviría más de cien años, había tenido la esperanza de que no la abandonaría tan pronto, dejándola en un limbo.

Con ese poco optimista pensamiento también llegó la frustración, que pronto se transformaría en desánimo, pues salir de su precaria situación no era más que un sueño desesperado. Era muy consciente de ello y de la escasa probabilidad de que alguna vez se hiciera realidad. Si antes, con su padre vivo, se sentía desdichada, con él fallecido todo no hacía más que empeorar. Eso se lo recordaban las personas que debían darle consuelo, y no palabras vanas que solo alimentaban su desesperación. En el fondo le resultaba irrisorio porque nunca había sido competencia para nadie. Hasta ese entonces, y después de haber asistido a tantos bailes, ningún caballero aún se había acercado a tocar su puerta. Con su padre muerto, dudaba que eso fuera a ocurrir.

Con el anuncio de la llegada de su tía, deseaba pensar que tenía una nueva esperanza, pero era sabido por todos los allegados que el señor Pendleton y ella nunca habían congeniado. Había roto lazos familiares desde que se casó con el distinguido señor Whitbey, y se había ido a vivir con él en su lejana y lujosa propiedad de Faith Hills, en el condado de York.

—¿Señorita? —llamó la única doncella que aún quedaba en la casa, además del jardinero, que también hacía las veces de mozo y cochero, y de la madre de la joven, que se encargaba de la cocina.

Cataline forzó una sonrisa y se giró hacia ella.

—¿Otra visita? —preguntó desanimada, pues ya comenzaba a

odiarlas.

La chica negó con la cabeza y pensó que lo último que deseaba era que le informara que ya no podían seguir trabajando para ella, lo que la desesperaba aún más. Ese pensamiento la incomodó sintiendo que no podría darle alguna orden, ya que ni siquiera sabía con qué seguiría pagando su salario. Era consciente de que solo permanecían allí por el cariño que le profesaban a su padre, que en medio de todo nunca fue un mal patrón.

—No es eso, señorita; por fortuna, ya no hay más de esas señoras molestas en la puerta —manifestó la joven, mostrando alivio—. Ha llegado esta nota para usted —añadió entregándole el sobre sin demora.

Cataline lo abrió de inmediato y leyó la nota escrita con recelo, pues intuía que era de parte de su tía; y efectivamente, solo le avisaba que llegaría esa noche. Forzó de nuevo una sonrisa y volvió a guardar el sobre.

—Gracias.

—¿Quiere que le traiga un poco de té? —le preguntó.

—No, estoy bien —contestó mostrándose amable.

La joven la miró de manera insistente, y Cataline supo que quería decirle algo más. Por dentro, rogó que no le preguntara sobre dinero; sin embargo, la animó a hablar, y esta obedeció.

—Debería salir al jardín y tomar un poco de aire fresco. Lleva muchos días encerrada recibiendo a esas señoras desde el entierro de su padre y debe estar muy agotada —expresó la doncella.

Eso le causó gracia, porque no era nada de lo que pensaba; sin embargo, fue consciente de que, con la llegada de su flamante tía, todo cambiaría para todos ellos, porque esta seguramente solo vendría a impartir su voluntad, una con la que seguro nunca estuvo de acuerdo su padre.

—¿Lo manda a decir tu madre? —le preguntó risueña, y esta asintió avergonzada.

Esto la hizo reflexionar, aunque no tenía intención de regañarla. No era costumbre que las criadas le dijeran qué hacer a sus señoras, pero ella no se encontraba en una posición tan alta como para tener esas exigencias. Además, la señora Cock dirigía la cocina desde que tenía uso de razón y casi podría considerarla parte de la familia. Aparte, era cierto que ya no paseaba tanto por el jardín ni revisaba su huerta.

—Eso quisiera, pero debo estar aquí para recibir a lady Whitbey —dijo.

—¿Por qué no lo deja en nuestras manos?

—¿Cómo podría? Ustedes ya hacen demasiado permaneciendo aquí y atendiendo a todas esas visitas —argumentó dándole la razón, porque en el fondo todas esas señoras no eran más que unas presuntuosas.

—Y nos quedaremos hasta que resuelva su situación. Mi madre y yo no la abandonaremos —declaró la joven, conmoviéndola.

Aunque eso suponía dos alternativas: conseguir un marido pronto o someterse a la voluntad de su tía. En el fondo, había esperado esa muestra de lealtad por su parte, pero dentro de sí también pensaba que no tenían por qué quedarse atadas a su futuro incierto. Tarde o temprano, tendría que despedirlas y resignarse a su destino de miseria, o incluso suicidarse para no tener que vivirla. Sacudió la cabeza, porque en el fondo no era tan temeraria para cometer semejante acto.

—Está bien, la tía Clara no llegará hasta el anochecer. Creo que puedo tomar un poco de aire fresco —le dijo sonriendo para complacer las buenas intenciones de la chica.

Luego, sacudió las faldas de su viejo y desgastado vestido negro y

se puso en pie. Decidió recorrer por última vez el poco terreno que quedaba de su casa, pues sabía muy bien que la llegada de su tía no tendría otro propósito más que disponer de la propiedad de su padre y de su destino. Era consciente del escaso afecto que su tía le tenía, después de haber acusado a su padre de intentar aprovecharse de la posición de su rico marido. Por supuesto, su padre se había ofendido con aquella acusación, y esto provocó la inminente ruptura familiar.

La razón de su llegada obedecía a que, pese a ello, Clara Whitbey era la única hermana y pariente más cercana de su difunto padre, y también sería su nueva tutora; pero dudaba que esta pusiera un penique de su marido para ayudarla a seguir sufragando los gastos de la finca. Mientras salía por el patio trasero de la casa para pasear por lo que quedaba del jardín y la huerta de la que aún se alimentaban gracias a su empeño en mantenerla con sus propias manos, dejó el sobre encima de una repisa y meditó con mucha seguridad que su tía ya tendría decidido cómo repartir lo poco que aún les quedaba, e incluso qué hacer con ella o a quién endilgársela para deshacerse de la odiosa responsabilidad que suponía encargarse de la última voluntad de un muerto indeseado. Esta reflexión la llenó de zozobra, especialmente aquella última parte que la atormentaba.

Capítulo 2

Los terrenos de su padre ya no eran tan extensos como antaño. La finca Pendleton, conocida en el pasado por su grandiosidad y sus vastas porciones de terreno dedicada al cultivo de frutas y hortalizas, se había visto reducida con los años debido a la imposibilidad de mantenerla en funcionamiento. Antes de regresar a casa, cuando la tarde comenzaba a oscurecer, Cataline miró con resquemor la cerca que dividía la última porción de tierra que su padre había vendido.

Desconocía la identidad del comprador, pero soñaba con el día en que pudiera conocerlo, solo para intentar recuperar las tierras. Sin embargo, esto se sentía cada vez más como una quimera, ya que, lejos de recuperar lo perdido, tal vez terminarían por venderlo todo. Fue entonces cuando vio a alguien montado a caballo galopando junto a la cerca, y el jinete se detuvo para mirar en su dirección.

Ella frunció el ceño. No tenía idea de quién se trataba, pero estaba segura de que debía ser el comprador cuya identidad jamás le había revelado su padre. Un escalofrío le recorrió la columna cuando descubrió que esa persona desconocida seguía mirándola, hasta que espoleó su caballo y reanudó el galope alejándose de allí. Cataline se llevó la mano al pecho; su corazón había comenzado a agitarse.

Después de que el caballero se marchara, ella caminó apresurada hacia el interior de su casa. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para reponerse, puesto que, instantes después, John, el mozo, anunció la llegada de un carruaje del que no había necesidad de adivinar quien era la pasajera. La señora Cock y su hija se unieron a ella en la entrada para recibir a la majestuosa lady Clara Whitbey. Agradeció que la acompañaran, sonriendo con una expresión forzada.

El elegante y pomposo carruaje detuvo el galopar de sus caballos frente a la entrada donde se encontraban. John hizo lo pertinente al abrir la portezuela para que lady Clara bajara. Cataline se le acercó.

—Bienvenida lady Whitbey a la humilde casa Pendleton —expresó Cataline mientras la mujer comenzaba a quitarse los guantes.

Lady Clara la miró de arriba abajo, y una sensación de menosprecio invadió a Cataline, quien disimuló su incomodidad con una sonrisa forzada. Por dentro pensó que su tía era aún peor de lo que había imaginado.

—¿Esta es toda la servidumbre de la casa? —preguntó con un tono algo despótico.

—Sí, milady —confirmó Cataline provocando un resoplido de desagrado de su tía.

—Ya veo que la miseria de mi hermano es peor de lo que suponía. Por suerte, aún me tienes a mí.

Cataline deseaba gritar, y no dudaba de que los demás también. Pero hizo de tripas corazón y, tras el protocolo de la entrada, se encargó de escoltar a su tía a su habitación, mientras la señora Cock y su hija se dirigían a la cocina para preparar la cena, y John ayudaba al cochero que había traído su tía a introducir el equipaje para luego despedirlo.

—Deseo que se sienta a gusto aquí.

—Eso espero, porque no permaneceré mucho tiempo —respondió lady Clara—. Me regresaré tan pronto haya hecho los arreglos pertinentes.

—Con respecto a eso...

—Ya tengo decidido lo que haré. Viendo tu situación, será un poco difícil, pero con mi presencia te será más fácil encontrar marido —expresó la mujer, dejando a Cataline desconcertada—. ¿Por qué me miras así? Era lo que tu padre deseaba.

—Sí, pero...

—Puede que seas su heredera, pero no podrás hacerte cargo de todo esto sola. Necesitarás a un hombre que esté dispuesto a ello.

—Con relación a eso… —empezó Cataline bajando la voz.

—No te preocupes, querida. Ya te he dicho que conmigo aquí todo será más fácil. Ahora ven y ayúdame, ya que por desgracia no hay nadie más para hacerlo.

Cataline suspiró, rindiéndose ante su exigencia. Tenía claras las intenciones de su tía, pero dudaba que su padre hubiera estado de acuerdo con ellas. Después de ayudarla a ponerse ropa igual de pomposa, pero más cómoda, la doncella tocó la puerta para avisar que ya podían bajar a cenar.

Mientras caminaban hacia el comedor, Cataline se mentalizaba para los reparos de su tía sobre la comida, ya que, dada la situación, auguraba que no estaría a la altura de su paladar. No obstante, también deseaba que a lady Clara le causara una gran indigestión.

Capítulo 3

Al día siguiente, su deseo se vio cumplido, pues su tía, lady Clara, no pudo levantarse de la cama debido a un intenso dolor de estómago. Sin embargo, no atribuyó su malestar a la precaria comida, sino al ajetreado y largo viaje que tuvo que hacer desde Faith Hill.

Cataline no dudaba de que, en medio de sus quejas por el intenso malestar, estuviera renegando de la incipiente cena, que consistía en un estofado de carne seca con guisantes y patatas, acompañado de un vaso de vino de manzana fermentado de forma casera. No era una comida de lujo para alguien tan aristocrática como su tía, pero sí lo era para ellos, que no solían darse esos festines con frecuencia.

Después de acicalarse un poco y atusarse bien el cabello castaño en un moño para que no se le saliera ni un cabello y su tía no tuviera nada que recriminarle a su pobrísima apariencia, se dirigió a su habitación con el té de eneldo que había preparado para calmar su pasajera indisposición. Tocó la puerta y aguardó a que Celine, la joven doncella, la abriera para poder entrar y relevarla, pues su tía se había apoderado de la pobre y esta debía estar desesperada por huir, porque aun sin haber convivido con ella podía adivinar lo

irritante que era. En su interior meditó que su tía bien pudo haber traído su propia ayuda, aunque eso significaba tener una boca más que alimentar en un momento de precariedad, y entonces serían dos las enfermas.

Cataline sacudió de inmediato esas ideas de su mente justo cuando la joven abrió la puerta con una expresión de alivio en su mirada.

—Yo me encargo —le dijo guiñándole un ojo, y Celine, obedeciéndola al instante, se retiró.

—¿Qué pasó con la criada? —inquirió su tía cuando ella se sentó en el sillón junto a la cama y colocó la bandeja en la mesita de noche.

—Su madre la necesita en la cocina. Usted sabe que aquí en la finca estamos cortos de personal —explicó mientras agarraba la vieja pero lustrosa tetera y le servía la taza de té.

Luego, acercó la taza, pero su tía se sentó incorporándose y la tomó con sus manos bebiéndola. Por dentro había imaginado que tendría que llevársela ella a la boca.

—De eso ya me di cuenta —respondió adusta.

—Estoy segura de que no es secreto para milady la difícil situación que enfrentaba mi padre —agregó.

—Eso también. No era más que un tonto holgazán y soñador —espetó la mujer tomando otro sorbo de la bebida—. Y es una lástima, porque eres tú quien paga las consecuencias —añadió tras terminar la infusión.

Cataline concedió en silencio cada palabra mordaz, esbozando una sonrisa mientras guardaba para sí una réplica que moría por salir de su boca y de similar talante.

—Pero usted ha llegado para socorrerme, querida tía, y le agradezco mucho su solidaridad.

Sus palabras salieron mucho más modestas de lo que esperaba; habría deseado tragárselas antes que expulsarlas. Sin embargo, su suerte estaba echada, y con un poco de fortuna, tal vez su tía pudiera conseguir lo que su padre no había logrado: casarla.

—Así es, así que no te preocupes. Esta tarde vendrá el notario y se hará la lectura del testamento de tu padre, que, viendo la situación, debió habérselo ahorrado, porque no creo que haya mucho que repartir. Pero eso demuestra lo tonto que fue hasta su muerte.

Ella volvió a quedarse en silencio; sin embargo, no era como si no tuvieran nada. Con un poco de suerte, podrían mantenerse un tiempo más. Aunque eso era solo un sueño, como el que tenía su padre, porque, quisiera o no, necesitaban un hombre que se hiciera cargo de todo. Esa era la regla básica para seguir; solo que algunas, y ella en particular, carecían de riquezas que ofrecer.

Por dentro, odiaba pensar que su tía se desharía de todo lo que, en teoría, tendría que ser suyo por heredad. Después de dejar a su tía descansando, fue a ayudar en la cocina para la preparación del almuerzo. Cuando su padre estaba vivo, la señora Cock lograba sacarla de sus cuarteles por órdenes de él, quien la obligaba a comportarse como una delicada señorita. Pero ahora que estaba muerto, no había nadie que se lo impidiese. Solo su tía, pero auguraba que esta estaría en cama hasta la tarde, por lo que pudieron almorzar juntos y con tranquilidad.

A las cuatro de la tarde llegó puntual el señor Hutton, amigo notario de su padre, quien llevaba todos sus asuntos legales. Celine lo hizo entrar en el despacho, donde, como había anticipado, su tía Clara ya se hallaba restablecida y sentada en la vieja poltrona preferida de su difunto padre.

—¿Por qué no empezamos de una vez? No creo que haya mucho

que deliberar —dijo Lady Whitbey al señor Hutton, luego de los saludos protocolarios.

—Sí, por supuesto, milady. Lo haremos en el menor tiempo posible, solo hay que tomar algunas cosas en consideración —respondió el hombre, casi anciano, con amabilidad.

Lady Clara se rio.

—¿Tanta demora para decirle a mi sobrina que solo heredará deudas? —increpó.

Cataline esbozó una sonrisa apenada hacia el señor Hutton.

—Tal vez no lo parezca, pero su padre, el señor Pendleton, se aseguró de que su hija tuviera un mejor panorama para su futuro.

—Lo dudo, pero mejor continúe o nos alargaremos hasta la cena —adujo la mujer.

El hombre se aclaró la garganta y, acto seguido, procedió con la lectura del testamento. Cataline lo desconocía por completo; para ella, cada disposición era como escuchar noticias nuevas. Primero se enumeraron las propiedades que aún pertenecían a su padre, luego a su única heredera y los legatarios que para sorpresa de su tía —y no tanto de ella—, quien vio de buen modo el gesto de su padre, incluían a la señora Cock, y al señor John, por último, la delegatoria como albacea a su querida hermana, lady Clara Pendleton de Whitbey, quien cumpliría al pie de la letra con su última voluntad: la de llevar a cabo la celebración de su matrimonio concertado con anterioridad a su muerte, con su gracia, lord Zacharias Balfour.

Tanto Cataline como su tía quedaron perplejas y boquiabiertas ante la inesperada noticia.

Capítulo 4

Zacharias jamás pensó que alguna vez tendría la urgencia de casarse, pero el hecho de que, por la falta de un heredero, todo lo que poseía pasaría a su muerte a manos de su primo Roland Balfour le causaba un ingente malestar. Sobre todo, porque este no era de su agrado, al igual que sus padres. Cuando los suyos murieron en un incendio que consumió toda la propiedad en la que vivían, ellos, lejos de ofrecer su ayuda, desaparecieron, deslindándose de la tragedia que significaba hacerse cargo de su sobrino huérfano. Tal vez esperaban que él también muriera como sus padres, pero sobrevivió a las quemaduras, y aunque ninguna le alcanzó el rostro, sí lo hicieron en muchas partes de su cuerpo, deformando su piel.

Con la renuencia de su tío, Zacharias quedó bajo el cuidado del hermano de su madre, un clérigo muy devoto que se hizo cargo de él hasta que se restableció de sus heridas y pudo retomar su vida. Mientras estuvo bajo su cuidado, viviendo en el monasterio de San Joaquín, Zacharias pensó que, debido a sus cicatrices, quizás su camino era seguir los pasos de su tío y convertirse en un monje. Sin embargo, desistió de esa idea cuando tuvo que comenzar a asumir el lugar de su padre como nuevo conde de Balfour.

No obstante, esto no cambió su mentalidad de seguir comportándose como un monje célibe, hasta que se presentó ante él la necesidad de contraer matrimonio y concebir un heredero para evitar que todo lo que poseía terminara en manos de un despilfarrador como su tío Harry. Estaba seguro de que esa era la razón por la que su padre había nombrado a su hijo Roland en su testamento; que también era un niño cuando ocurrió todo lo del incendio, sin embargo, se había enterado de buena fuente de que, en cuanto a malos hábitos, no era muy diferente de su progenitor.

Encontrándose en ese dilema, decidió poner a su secretario, el señor Pool, en la búsqueda de una señorita casadera. Este, de forma muy diligente, le presentó una lista de las nuevas debutantes en toda la región, pero ninguna llamó su atención. Entonces recordó que había adquirido un terreno en Helmsley de un tal señor Norman Pendleton, a quien conoció en una visita al ayuntamiento de York.

El hombre se mostraba muy necesitado y terminó por venderle un terreno cuyo objetivo era reunir dinero para la dote de su hija, la hermosa Cataline, que estaba por cumplir veinticuatro años y de quien le hablaba maravillas sin que él, siquiera, tuviera intención de preguntar al respecto. En ese entonces no le dio importancia, pero luego de que se presentó la urgencia, consideró que al menos podría conocer a la bella muchacha antes de decidirse por la menos peor de la lista que su diligente secretario le había proporcionado, ya que había conocido a casi todas y tenían una característica en común: la vanidad. Por esta razón, envió una carta al señor Pendleton y concertó una cita para ver el terreno que le había comprado y aprovechar para hablar de su agraciada Cataline.

El viejo aceptó sin demora su petición, y él viajó a Helmsley, donde descubrió que la porción de tierra que había adquirido era de magnífico pastoreo, con buen forraje para ganado o caballos. Sin

embargo, quedó aún más sorprendido cuando le señaló a su hija caminando por el jardín que se podía apreciar desde donde se encontraban, y que en efecto le pareció adorable y hermosa; no obstante, no se dejó ver cuando el viejo insistió en presentársela, pero la idea de casarse con ella inundó su imaginación.

Solo se contuvo al imaginar que ya debía tener muchos pretendientes llamando a su puerta, porque ese era el objetivo por el que le había vendido el terreno, hasta que el viejo interrumpió ese flujo pesimista de pensamientos con una noticia que lo desbordó. Todavía no estaba prometida a nadie. Entonces, pensó que esa podría ser su oportunidad, y como conocía la necesidad del viejo, le planteó con claridad la propuesta —un tanto egoísta—, que tenía para su hija.

El hombre aceptó; sin embargo, le exigió que esta solo fuera válida después de su muerte. Si bien Zacharias era consciente de la avanzada edad del viejo, dudaba que fuera a morir tan pronto, pues desde ese acuerdo ya habían transcurrido seis meses por lo que llegó a pensar que se sentía timado. Mientras meditaba en esto, la noticia de su deceso llegó a sus manos. De inmediato, hizo llamar a su abogado y a su secretario, llevándolos consigo rumbo al poblado. Antes de presentarse como lo habían acordado, se dispuso a observar, a hurtadillas, a la hermosa Cataline paseando por el huerto.

Así lo hizo, y tras su grato recorrido, regresó a la posada donde se hospedaba cuando visitaba ese lugar. Su abogado lo esperaba en el mesón junto a su secretario. Aunque la decisión de casarse con una desconocida había sido suya, ellos aún intentaban disuadirlo, exponiéndole la verdadera situación de la señorita Pendleton. Se sentó a la mesa y los miró a ambos.

—¿Siguen pensando que voy a retractarme de mi decisión? —les

preguntó.

—Milord, podría hacer una mejor elección —le sugirió su abogado.

—Ya lo hice, y no deseo escuchar más objeciones —respondió, además de añadir: —, mi situación sigue siendo la misma y, por lo menos, quiero elegirla a mi gusto.

Ambos hombres asintieron sin más remedio. Al fin y al cabo, era él quien se iba a casar, no ellos. Además, sabía que no tenía motivos para rechazarla, sino que era todo lo contrario. La joven Pendleton tendría muchos para hacerlos cuando lo conociera sin ropa.

—Siendo así, debo informarle que hoy se ha realizado la lectura del testamento y se ha informado a la señorita Pendleton y a su tutora del acuerdo entre su difunto padre y usted —le comunicó el abogado.

—¿Y qué procede ahora? —preguntó conteniendo un poco su emoción.

—Debe presentarse ante su futura esposa y su tutora para empezar a hacer todos los preparativos de la boda —le explicó su secretario, el señor Pool, más animado.

Zacharias sonrió satisfecho.

—Entonces a qué esperan, avisen de mi visita a la finca Pendleton para mañana mismo —declaró dejando entrever en sus palabras un poco de su mesurada emoción.

Capítulo 5

Cataline encontraba desconocido el nombre de Zacharias Balfour. Por más que hizo memoria de los rostros y nombres de los caballeros con los que se había cruzado en los bailes a los que asistía desde su debut, y en los que había tenido la suerte de que le pidieran tan siquiera uno, seguía sin relacionarlo con ninguno de esos pocos caballeros. La lista de solteros disponibles para matrimonio en Helmsley no era muy amplia, pero sí conocida. Por eso, muchas damas fijaban sus objetivos con nombres propios. En su caso, no se decantaba por nadie en particular porque era como rogar atención en vano.

Después de meditar y especular junto a su tía, quien aún seguía presa del asombro provocado por la revelación de su padre, ambas determinaron que el caballero en cuestión no debía ser de esa región. Sin embargo, coincidían en un gran detalle: ninguna de las dos albergaba muchas esperanzas de que su padre, Norman, pudiera conseguir un arreglo matrimonial con alguien de la nobleza.

—Debo reconocer que mi difunto hermano terminó siendo una gran caja de sorpresas —adujo la mujer tras el breve silencio que había quedado entre ellas.

Ya era tarde y se encontraban sentadas en el pequeño cenador del patio, disfrutando de un poco de aire cálido y fresco en medio del sol veraniego.

—Debo admitir que tienes razón, milady.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? Solo queda esperar a que el hombre que eligió para ti se presente. Solo espero que no sea una broma.

—Mi padre no era un hombre que hiciera ese tipo de chanzas —repuso levantando su taza de té de menta que había preparado para ambas, bebiendo un sorbo para esquivar la mirada acusadora de su tía.

Por dentro, intuía que tal vez pensara que ella estaba al tanto de semejante novedad.

—Entonces debes estar feliz de que te haya emparejado con un noble —comentó tomando también su taza.

Cataline lanzó un inaudible y agotado suspiro.

—Era su deseo; supongo que hizo todo lo posible por conseguirlo antes de su muerte.

—¿En serio no tienes idea de quién puede ser?

—No, milady —respondió sin dudar.

Lady Whitbey suspiró con fuerza, mostrando una expresión confusa y pensativa en su mirada.

—Si no estoy errada, solo podría tratarse de los Balfour del condado de Dorhan; aunque escuché noticias de que casi toda la familia había perecido en un incendio hace años, quizás quedó alguien vivo —comentó mientras acariciaba su mentón.

—Dorhan está algo alejado —emitió Cataline tratando de entender las razones que llevaron a su padre a relacionarse con alguien tan distante y con título nobiliario.

—Sí, pero no conozco a otros. Tiene que ser él, o si no, será alguien haciéndose pasar por el difunto conde. Y tendría sentido,

considerando lo ingenuo que era tu padre. Tal vez sería mejor que no te hagas tantas ilusiones sobre convertirte en la señora de un condado —expuso su tía con un tono ligeramente burlón que la hirió.

—Mi padre tenía sus defectos, pero no era un hombre que se dejara engañar.

—Pues ya veremos qué tan inteligente era —arguyó la mujer con un dejo de desdén.

Cataline deseaba replicarla, pero se contuvo cuando Celine llegó ante ellas, escondiendo algo a su espalda.

—¿Qué es lo que tienes oculto? —la increpó lady Whitbey.

La muchacha miró a su señora, y esta le asintió.

—¿Qué es, Celine? —le preguntó con más amabilidad.

—Ha llegado esta carta de lord Balfour para usted, señorita —respondió la chica un tanto emocionada, extendiéndosela.

Cataline se sintió impresionada, pero antes de que pudiera tomarla, su tía se la arrebató de las manos, asustando a ambas.

—¡Tía Clara! —exclamó, pero esta solo se dedicó a leer la misiva.

—Quiero descubrir si es un fraude o no —dijo tras terminar la lectura, y solo después de eso se la entregó—. Por el momento, parece que el asunto es cierto. Así que debemos prepararnos para su visita de mañana —añadió.

Con esa última información, ella procedió a leer con premura las letras que había escrito el conde Zacharias Balfour, primero lamentando el fallecimiento de su padre y luego anunciando que vendría a visitarla al día siguiente a las cuatro de la tarde para hablar del asunto matrimonial.

Cataline arrugó la carta en su mano, lo cual fue notorio para su tía y la doncella. Sus palabras le resultaban frías, frívolas y hasta cínicas. Ni siquiera lo conocía, y ya empezaba a detestarlo.

—Bueno, parece que más te vale prepararte, querida sobrina; por fin conocerás a tu futuro marido —emitió lady Clara pavoneándose con satisfacción por sus palabras.

Capítulo 6

El pequeño poblado, con su conjunto de casas de piedra color crema y miel, jamás había estado tan animado y expectante por un casamiento como lo estaba con el de Cataline y el desconocido conde Balfour. La noticia se había convertido en la comidilla de cada rincón, establecimiento y de la gran plaza de mercado del pueblo que cobraba vida cada viernes.

Algunos comentarios eran amables, pero otros iban más allá de lo hilarante y mordaz, insinuando que la muerte de su padre no había sido una casualidad, sino que era producto del precio que pagó el viejo para que su hija pudiera casarse con semejante eminencia. Hasta ese momento, no había muchas personas notables que fijaran su vista hacia Helmsley, desde que el destacado pero antiguo y deshabitado castillo de *Hamlake*, cuyas ruinas aún permanecían en pie, fuese entregado al primer duque de Buckingham pero que jamás lo habitó por lo que nunca se le vio por esos lares; ni tan siquiera al último heredero del mismo: lord Villiers.

Cataline escuchaba todos los rumores en silencio, mientras que Lady Clara, por su parte, disfrutaba de ellos con entusiasmo.

—¿Por qué no estás feliz? Estás dando mucho de qué hablar en

este pueblo tan rudimentario.

—Lady Whitbey exagera.

—¡Exagerar! —repitió la mujer riendo con desparpajo—. Querida, por lo menos hasta ahora no han dicho que te vendieron como a una vaca.

Cataline quería pensar que su tía era amable y comprensiva, pero era evidente que solo disfrutaba de la situación. Sin embargo, todas las especulaciones terminarían con la llegada del conde. A causa de eso, la mañana en la finca Pendleton estuvo bastante animada con las visitas, que ya no eran para ofrecer el valioso pésame, sino para presentar sus saludos a su tía Clara y, de paso, felicitarla por su próxima boda.

Con algo de resquemor, admitió que todas las damas y señoras del pueblo compartían las mismas expectativas que ellas. Cataline dejó a su tía en la biblioteca, revisando documentos y escribiendo cartas, y se fue al jardín a revisar su huerto de hierbas mientras aguardaba la hora en que llegaría el conde. Estando allí, miró hacia el terreno vendido y suspiró con fuerza antes de volver a enterrar sus manos en la tierra para arrancar los pequeños hierbajos que crecían alrededor de sus plantas.

—¿Señorita? —Celine llamó su atención desde donde estaba arrodillada. Se volvió para mirarla—. Puedo ayudarla con eso, no debería dañar sus manos.

—Gracias, Celine, sabes que no tengo problema con ello —respondió Cataline.

A pesar de sus palabras, la chica se arrodilló a su lado para ayudarla. Ella le sonrió.

—Aun así, debería cuidar sus manos —comentó la chica comenzando a quitar la poca hierba mala que quedaba.

—¿Qué piensas de ese hombre?

—Que debe estar muy interesado en casarse con usted, señorita.

—Supongo —admitió Cataline, risueña.

—Mi madre y yo, al igual que el señor John, estamos muy agradecidas con su padre, y creemos que ha hecho una buena elección para usted.

—Eso es porque soy consciente de que ningún caballero de por aquí estaría dispuesto a casarse conmigo.

—No diga eso.

—Pero es la realidad.

—Usted es muy hermosa.

—Quizás, pero mis bolsillos vacíos no —siguió porfiando con su mala situación, hasta que terminaron riendo.

—Tal vez, pero ya no necesita preocuparse por eso.

—Si todo es cierto, es probable que tenga que irme de este lugar —mencionó con algo de congoja.

—Si es el caso, podría ir con usted si lo desea.

—De ningún modo, jamás te separaría de tu madre. Con lo que les dejó mi padre, podrían construir algo para ustedes.

—Mamá ha pensado en ello, pero tampoco quiere abandonarla.

—Yo tampoco quiero hacerlo, pero dada la situación, harías mejor en quedarte aquí y cuidar de mi jardín.

—Si eso desea, lo haré con gusto.

—Eso quiero —repuso risueña.

—¡Cataline! ¿Qué diantres haces allí? —la llamó a voces su tía Clara desde el cenador—. ¿Qué esperas para prepararte? Lord Balfour no tardará en llegar.

Cataline respiró hondo antes de incorporarse y volverse hacia la dirección de donde la llamaba su tía. Sacudió sus faldas y se dirigió hacia ella. Lady Whitbey la miró con expresión desaprobadora y su siguiente orden fue enviarla a bañarse como si fuera una niña,

insistiendo especialmente en que se lavara las manos y las uñas, que estaban llenas de tierra.

Capítulo 7

A la hora señalada, Lord Zacharias Balfour llegó a la finca Pendleton, montado a caballo y acompañado de otros dos hombres. Cataline había visto desde su ventana la llegada de los tres jinetes, y siguió su recorrido hasta que se detuvieron en la entrada; los perdió de vista bajo el alféizar al ingresar en la casa principal para ser recibidos por su tía. Estimó que el hombre en cuestión era quien lideraba la marcha y no pudo evitar sentir un alivio, porque, aunque no había visto su rostro en su totalidad debido al sombrero de copa que llevaba en su cabeza, sí había atisbado un poco de esa fisonomía joven y varonil.

Con la ansiedad a flor de piel, aguardó allí por orden de su tía, quien le indicó que permaneciera en su habitación hasta que la llamara, con el pretexto de que quería cerciorarse primero de que todo el asunto del matrimonio era realidad. Solo después de hablar largo y tendido con el caballero permitiría que se conocieran formalmente, para luego comenzar con todo lo concerniente a la próxima boda.

Cataline suspiró profundo, entrelazando sus dedos enguantados, pues sus uñas eran un desastre, anhelando que pronto llegara ese

llamado. Aunque su carta le había parecido frívola, eso no quitaba que también deseara conocerlo. Los golpes que escuchó tras la puerta la sobresaltaron, y corrió a abrirla. Era Celine.

—Su tía quiere que vaya a la biblioteca —anunció.

Cataline sonrió nerviosa: el momento había llegado. Así que agarró de la mano a la joven, y se dirigió con prisa hacia allí arrastrándola consigo. Celine le hizo un gesto hacia su agarre cuando llegaron ante la doble puerta de madera vieja y tallada, percatándose de que era ella quien no la soltaba. De inmediato, la liberó y dejó que la abriera, adoptando una postura regia y recta.

Una vez que lo hizo, a medida que la puerta se abría, Cataline comenzó a vislumbrar a las personas que se encontraban en el salón hasta que se encontró con la mirada clara y penetrante de un hombre alto, elegante, y muy atractivo, haciéndole flaquear un poco las piernas.

«Es él», se dijo recomponiéndose de inmediato por la sorpresa. Recordando un poco de la fisonomía que había visto bajo el sombrero, del que se había despojado y que llevaba bajo el brazo. El hombre, con una impoluta melena negra y de portentosa altura, se acercó tan pronto como cruzó la puerta y se detuvo ante ella, haciendo que Cataline exudara nerviosismo bajo la ropa y los guantes de seda que le quedaban grandes porque se los había prestado su tía.

—Un gusto conocerla, Lady Pendleton —la saludó con una pleitesía que la intimidó, haciendo una caballerosa venia al extenderle su mano y añadió presentándose—: soy Zacharias Balfour.

Cataline quedó anonadada con semejante presentación; no sabía si el hombre era muy arrogante o simplemente estaba tratando de ser cortés. Tragó con fuerza para controlar su nerviosismo antes de

tomar la mano galante que le ofrecía el impoluto varón.

—Un placer, Lord Balfour. Cataline Josephine Pendleton —correspondió sorprendida de que no se le notara el temblor en la mano y en la voz.

Lord Zacharias la sostuvo lo suficiente como para que ambos no dejaran de mirarse a los ojos, los de él grises, vibrantes y muy expresivos, y los de ella verdes como el aguamarina y llenos de interrogantes sobre el magnífico ejemplar que tenía frente a sí. Esa conexión se rompió cuando los aplausos de Lady Whitbey resonaron y ella retiró su mano de forma instintiva, llevándola contra su pecho.

—Y bien, su señoría, ¿satisfecho con lo que quería encontrar? —preguntó.

Cataline transpiró durante un tenso momento cuando él se quedó en silencio, hasta que este sonrió al girarse hacia su tía Clara.

—Completamente —contestó.

—Entonces, hagamos todos los arreglos. Mi querido hermano me convocó para que organizara una boda para mi adorable sobrina, y eso haremos —anunció la mujer sin perder tiempo.

—Estoy de acuerdo en que se haga lo antes posible. ¿Pero qué opina usted, señorita Cataline?

Dirigió sus palabras hacia ella, al igual que la traspasaba la mirada de su tía, quien se mostraba complaciente. Quería emitir algo como: «si no hay más remedio», pero se contuvo y sonrió forzadamente.

—Como usted lo desee, milord —respondió en su lugar.

El caballero sonrió, pareciendo encantado con su respuesta. Cataline tenía que admitir que él difería mucho de los hombres que ya había conocido y con los cuales había concebido alguna esperanza, porque sin duda, Lord Zacharias Balfour parecía estar muy a la altura de su porte y título. Además, que se comportaba muy complaciente confundiéndola un poco con su encantadora

actitud.

—Entonces, no se diga más. Mi secretario, el señor Pool, estará a su disposición para hacer los arreglos necesarios —dijo él mirando a Lady Whitbey.

—Excelente, me vendrá bien un poco de ayuda; sin embargo, debe considerar que nos encontramos de luto y, por lo menos, la boda no debe llevarse a cabo hasta dentro de tres meses para evitar habladurías. Además, mi sobrina debe empaparse bien del papel que va a desempeñar, dadas sus exigencias —explicó la mujer haciendo que Cataline arrugara el entrecejo.

Eso casi la hizo bufar de forma audible, recordando lo que habían charlado en la mañana, pero lo último le causó un poco de preocupación. Entonces, quiso saber de inmediato a qué exigencias se refería su tía y que ella aún desconocía.

—Comprendo —adujo Zacharias—. En ese caso, esperaré el tiempo que sea necesario —añadió agravando la voz al mirarla.

Capítulo 8

Luego de la visita a casa de la señorita Pendleton, Zacharias se sintió un hombre afortunado por haber escogido a la mujer más hermosa que había conocido en su vida. No era un asiduo casanova que corría tras cualquier jovencita que se le pusiera por delante; a sus treinta y un años, se consideraba un hombre correcto que solo sucumbiría al amor de una sola mujer, tal como había hecho su padre.

Esto se debía, en parte, a las enseñanzas de su progenitor, pero también estaba ratificado por la crianza que recibió bajo la tutela de su tío Félix, quien, al ver que no tenía vocación de monje o sacerdote, decidió instruirlo en el respeto y la abnegación que debía tener hacia una mujer. Al principio, le sorprendió que le hablara de esa manera, pero luego entendió que incluso ellos, que habían dedicado su vida a la abstinencia, el sacrificio y la devoción al Señor, sabían lo que significaba ese tipo de amor. Solían, incluso, tomar una copa de vino cuando se enfrascaban en hablar sobre determinados temas, a veces burlándose de él por su ingenuidad en el proceso.

Zacharias permaneció junto a su tío hasta que cumplió la mayoría de edad y ya no tuvo la necesidad de apoyarse en él, pues como hijo

de su padre, debía mantener su legado erigiéndose a esa edad como el nuevo conde de Balfour.

—¿Alguna objeción con mi prometida? —preguntó a su abogado, quien le sonrió nervioso.

—Ciertamente, la joven señorita Pendleton es muy hermosa, milord —comentó el abogado.

—Así es, solo me bastó verla una vez para saber que iba a ser la indicada.

—Siendo así, ¿por qué pidió hacer una lista? El trabajo del señor Pool no solo consistió en enumerar, sino también en verificar, y eso fue bastante agotador —expuso el hombre, haciéndole reír.

—Digamos que era necesario —respondió provocando que su abogado frunciera el entrecejo.

Había transcurrido una semana desde que conoció de manera formal a su futura esposa, y ya ansiaba que los días y meses restantes pasaran rápidamente para poder desposarla. Luego se detuvo en ese tren de pensamiento, pues comenzó a sentirse un poco egoísta. Él no tenía dudas de que había elegido a la mujer adecuada; sin embargo, aún no sabía si el sentimiento era recíproco por parte de la joven. Este temor se dejó entrever cuando su tía mencionó sus exigencias y no le pasó por alto la reacción de la muchacha.

Si bien estas eran las razones para aventurarse a contraer nupcias, también deseaba encontrar una mujer de la que enamorarse y con la cual concebir hijos por amor, no por obligación.

—¿Qué hay de mi petición? ¿Ya obtuviste la respuesta?

—Por supuesto, la carta fue enviada hace un mes a su tío Félix —contestó el letrado a su consulta.

A pesar de haberse separado para que cada uno siguiera su camino, Zacharias nunca dejaría de tener un aprecio incondicional

por su tío Félix, así que le envió una carta a su nueva ubicación en Brotton Avery donde era párroco de una iglesia y esperaba que le respondiera pronto. Sabía que tenía obligaciones mucho más importantes que cuando era un simple clérigo, pero anhelaba que pudiera sacar un poco de su tiempo para cumplir lo que un día le prometió: oficiar su boda.

Al no tener aún respuesta a su petición, entendía que este se encontraba muy ocupado como para dejar sus obligaciones y venir a casarlo. Se encontraba inmerso en esas cavilaciones cuando su mayordomo anunció la llegada de una inesperada visita. Zacharias no imaginó quién podría ser y odió pensar que se tratara del sinvergüenza de su tío, pero esos pensamientos se desvanecieron al notar que, detrás de su fiel sirviente, entraba en su despacho su inigualable tío Félix, vistiendo su sotana. De inmediato se levantó de su silla y corrió a abrazarlo.

—¿Pensabas que te dejaría casar sin darte mi bendición? —le dijo en medio de su abrazo.

—Esperaba que no —respondió.

El abogado, el señor Bart, se despidió de ambos y salió junto al mayordomo, dejándolos solos para que conversaran a gusto.

—Gracias por venir —le dijo mientras iba a servirle una copa de jerez.

—Exquisito —manifestó su tío con mucho jolgorio al beber un primer sorbo, recordando la emoción de poder disfrutar de ese vino que había probado alguna vez.

—La mandé a importar hace un tiempo y esperaba que pudieras beber una copa conmigo como en los viejos tiempos —expresó sirviéndose otra para él.

—Gracias por complacer a este viejo.

—Es muy poco para todo lo que te debo, tío. Puedes llevarte la

botella si gustas.

—Supongo, pero mejor no; me la confiscarían —adujo el viejo sacerdote, risueño.

—Si has venido personalmente, es porque ya conoces mi petición.

—Así es, y cuéntamelo todo. Quiero saber quién se ha robado el corazón y los pensamientos de mi querido sobrino.

—¿No deseas descansar un poco del viaje?

—De ninguna manera —respondió el sacerdote, rotundo y decidido, bebiéndose luego el resto de su trago para pedirle otro.

Zacharias se lo sirvió con mucho gusto.

Capítulo 9

Con la repentina decisión de aplazar durante tres meses su matrimonio acordado con el conde Balfour, Cataline tuvo que darle las gracias a su tía, aunque también se sintió algo molesta por la prolongación del compromiso. Esto no hizo más que avivar la curiosidad de los allegados que aún mantenían, y de los cuales su tía aprovechó para pavonearse, apropiándose de todo el mérito del enlace, haciendo hincapié en que Balfour era conocido de su marido, el barón Whitbey.

Sin embargo, ella ya sabía a qué atenerse. Dado que el secretario del conde permaneció en el poblado, se reunió con ellas para dejar en claro los puntos del acuerdo, estableciendo que el matrimonio tenía como fin la concepción de un heredero. Esta realidad le hizo suspirar, pues quedó claro cuáles eran las intenciones del señor Balfour, que, a través del señor Pool, le iba adelantando los preparativos de la boda, cuya ceremonia se celebraría en el condado de Dorhan, en la ermita de la propiedad de los Balfour, que había sido construida tras un incendio y en memoria de los fallecidos padres de Zacharias.

—Cataline, ¿cuándo dejarás de comportarte como una campesina?

—la reprendió su tía.

Últimamente, ese afán de dedicarse al jardín y la huerta había cobrado más relevancia en su vida. Miró con recelo a su tía; la veía tan cómoda instalada en su casa que se preguntaba si ella o el señor Whitbey se extrañaban por lo menos un poquito. No lo preguntó de forma abierta, puesto que mantenían correspondencia, y cada vez que mencionaba algo respecto a su distinguido marido, sobre si en sus cartas le informaba si asistiría a la celebración, su tía evadía el tema, aludiendo a que él se encontraba muy ocupado con el trabajo.

Cataline dejó a un lado las viejas y casi oxidadas tijeras de podar y se incorporó de pie, sonriéndole.

—No es algo que vaya a seguir haciendo, solo aprovecho el tiempo que tengo aquí.

—Por supuesto que no lo harás, vas a convertirte en condesa, y ya te he dicho que debes estar a la altura. No creo que el conde consienta que te pases todo el día removiendo la tierra de su jardín.

—Tampoco lo creo —murmuró insinuando que sus intereses sobre ella serían otros.

—Ve, y cámbiate; llevaremos ese adefesio de vestido que fue de tu madre a la modista, ya que te has empeñado en casarte con eso.

—El vestido de mi madre es muy valioso para mí; incluso mi padre querría que lo llevara puesto.

—Pero tu padre no está, así que podrías elegir algo mejor. El secretario ha dicho que el conde cubrirá todos esos gastos —arguyó dejando entrever una intención ladina en su voz.

Cataline adoptó una expresión seria ante esa insinuación. Lo sabía, pero no se sentía dispuesta a aprovecharse del dinero que no era suyo, porque, a pesar de tener un compromiso pactado del que Balfour conocía los antecedentes, aún no estaban casados.

«Pero pronto lo estarán», le recordó una pícara vocecita en su

cabeza. Se la sacudió de inmediato y fue a cambiarse de ropa a su habitación. Una vez estuvo limpia y aseada, el señor John las llevó en el viejo carruaje hasta la casa de la modista. Allí estuvieron hasta las seis de la tarde, realizando los arreglos y cambiando algunos detalles para que el vestido luciera mejor.

Según lady Whitbey, porque a ella no le preocupaba si estaba mejor o peor porque no se casaba por amor. Además, la idea de tener hijos con el conde siempre daba vueltas en su cabeza, sobre todo por la forma en que debían ser engendrados. Conocía un poco del tema, pues solo había preguntado a la señora Cock, a quien le tenía más confianza que a su tía, y la modesta forma en que le ilustró el acto en sí la dejó en estado de shock, mientras Celine se reía de ambas.

Pensó en ellas y al menos contaba con que no abandonarían la casa. Una de las decisiones de su tía era vender la propiedad, pero dado que se la había dejado a su cuidado, se impuso y decidió no hacerlo y, en su lugar, mantenerla, aunque esa decisión, cuando se casara, ya no sería suya. Tenía la intención de pedírselo a Balfour, y esperaba que, por lo menos, no le negara ese deseo. En medio de todo, quería tener un lugar al que regresar.

Con los arreglos de su vestido, su tía inició oficialmente los preparativos para la boda, y Cataline supo que ya no había marcha atrás. Se casaría con él y, tal vez, cuando estuviera en su poder, le mostraría su verdadera cara. La idea la aterraba, por lo que decidió que lo mejor era no pensar en ello, aunque la tarea resultaba bastante difícil de llevar a cabo.

Los días pasaron, y el luto fue poco a poco abolido de la casa por orden de su tía, quien abrió las puertas para recibir visitas más amenas y alegres que solo buscaban saciar su curiosidad sobre el compromiso con el conde y qué magnitud tendría la celebración de

la boda. Esto la estaba agotando tanto que, a menudo, deseaba echarla. Si bien la finca nunca estuvo tan concurrida porque no había nada nuevo que ver, eso no la animaba.

Pero tenían que aguantarla, tanto ella, como la señora Cock, Celine y el pobre señor John, a quien había convertido en su mandadero, solo por un poco más de tiempo.

Capítulo 10

El día fijado para que se trasladaran a la mansión Balfour llegó a Cataline como un viento frío que quebranta los huesos, haciéndola temblar, no con la emoción de una joven que espera ansiosa el día de su boda con el hombre que ha amado toda su vida, sino con un aterrador presentimiento sobre lo que estaba por venir.

Mientras trataba de digerir el hecho de abandonar la casa donde nació, el jardín y la huerta que había comenzado a cultivar en memoria de su madre que amaba las flores y plantas, sus pertenencias y los recuerdos —entre aciagos y buenos— junto a su padre, su tía se movía de un lado a otro como una gallina descocada, dando órdenes para que nada se quedara atrás. En el fondo, Cataline deseaba que fuera ella quien se quedara.

—¡Vamos, Cataline! El viaje que nos espera es bastante largo hacia Hull, y llevamos exceso de equipaje —arguyó la mujer haciendo aspavientos y ordenando después a John que le cargara su pesado neceser.

Cataline rio por dentro, pues eso último lo decía a causa de la petición que le había hecho al secretario de llevar consigo a la boda a sus sirvientes. Este no se había opuesto, diciendo que el conde le

había dado autorización para cumplir cualquier solicitud. Además, había traído un carruaje para su traslado con su tía, y el viejo coche de la familia serviría para que ellos viajaran allí junto con todas las maletas de ella y de su tía.

Sin embargo, la señora Cock decidió quedarse y fue a despedirse de ella.

—Le deseo lo mejor, señorita —dijo la mujer tomando sus manos entre las suyas.

—Aún puede venir con nosotros, si lo desea —replicó Cataline mirándola con gratitud.

—Haré mejor quedándome —le repitió—; además, ¿quién cuidará de sus plantas? —adujo la mujer mientras observaba a Celine, quien mostraba más emoción que ella por viajar.

Cataline suspiró profundamente.

—Está bien, cuida de ellas. Solo espero que podamos mantenerlas.

—No lo dude, el conde parece un buen hombre.

Eso no lo ponía en duda, porque se notaba que era muy generoso, ya que no se opuso a ninguno de los gastos que había hecho su tía. Aunque tenía que admitir que muchos de los objetos y vestidos que llevaba jamás los habría podido adquirir por sí misma.

—Eso espero —dijo acariciando su mano.

Tras un abrazo sentido entre ellas, se despidió de su hija y también del señor John quedándose en la entrada deseándoles buen viaje con la mano.

—¡Cataline! —volvió a chillar su tía mientras ella se acomodaba su sencilla capota, anudada bajo la barbilla con una cinta, hasta que subió, sentándose a su lado.

—Ya estoy aquí, tía —respondió.

Después de su llegada y de compartir los meses subsiguientes

juntas, la familiaridad entre ambas había empezado a notarse.

—Bien, ¿nos vamos, señor Pool? —preguntó dirigiéndose al hombre que las había acompañado hasta ese día.

Lo que parecía un buen gesto de la disposición del conde, quizás solo era su manera de asegurarse que ella no escaparía, pensó abrumada. Este no tardó en dar la orden al cochero para que comenzara la marcha. Imaginó, por la expresión amena de su rostro no tan envejecido, lo contento que debía estar por regresar, por fin, al lado de su patrón y a su hogar.

El viaje comenzó y jamás se imaginó que tanta gente saldría a las calles o asomaría la cabeza para verla partir desde las ventanas de las casas o las mesas de las terrazas de los pubs, donde se reunían los caballeros a beber; sin embargo, ella solo observaba lo que iba dejando atrás.

—¿Entonces ya está decidido que la boda será oficiada por el sacerdote Félix Dupont? —preguntó Lady Whitbey al señor Pool, juntando sus manos.

Este asintió.

—Así es, su gracia se lo ha pedido y este ha aceptado.

—He escuchado que el sacerdote Dupont es muy cercano a la casa real, ¿es cierto? —continuó.

El hombre mostró una sonrisa.

—Su gracia ha tenido la suerte de estar bien respaldado, pero esto no se debe a los lazos que pueda tener su honorable tío y tutor de crianza con el príncipe regente, sino al legado de su padre, el venerable primer conde de Balfour —explicó el secretario.

Cataline había decidido no prestar atención a la charla de su tía, que siempre tenía un dejo de intereses propios oculto, acabando por resaltar en todo momento el estatus de su esposo; sin embargo, no era ajena a la tragedia que se contaba que había vivido el conde y

que de algún modo hacía que le compadeciera un poco porque ella también había quedado huérfana.

—Sí, sí, por supuesto; solo estoy conmovida por el gesto, ya que mi difunto hermano jamás habría podido aspirar a semejante bendición. ¿Verdad, Cataline? —añadió mirándola de reojo con su altiva expresión bajo su elegante cofia de fina tela y encajes.

—Sí, querida tía —respondió ella mientras divisaba a lo lejos el alto torreón de lo que eran las ruinas de la antigua fortaleza de *Hamlake*.

Capítulo 11

Zacharias se encontraba pleno de emoción al leer la última carta que su secretario le había enviado desde Fulford, en York, la ciudad donde se habían detenido para pernoctar hacía tres días. En ella le anunciaba los pormenores de su viaje. Pensó que, si hubiesen viajado a caballo y con pocos equipajes, como hacía él en sus viajes un poco furtivos para espiar a la hermosa muchacha, el recorrido habría durado menos tiempo. Sin embargo, se trataba de un par de damas y su doncella que debían viajar cómodas por el largo trayecto. No obstante, le complacía saber que su secretario le había asegurado que la señorita Pendleton, aunque cansada por el ajetreo del carruaje, se mostraba maravillada por llegar a su destino.

Reflexionó que, después de cruzar el condado, ya se encontraban a mitad del camino. Esta idea hizo que una sonrisa brotara en su rostro, pues sabía que, gracias a su tío Félix, una vez llegaran, la boda se celebraría sin contratiempos. Él había conseguido un permiso especial tras mover sus contactos.

—¿Nuevas noticias? —preguntó su tío Félix entrando en la sala donde se encontraba, tomando asiento en el sillón del frente.

Este había ido y vuelto de Brotton después de su llegada sorpresa,

con el propósito de traer la licencia y quedarse para oficiar la ceremonia. A diferencia de lo que quizás hubiera deseado su madre, no sería una celebración grande y pomposa. Había decidido que fuera lo más modesta y sencilla posible, pues conocía los gustos de Cataline. Todo esto lo sabía por los informes que Pool le enviaba, así como de cada gasto solicitado, que no había sido por ella, sino por su tía.

La mujer le resultaba soberbia e irritante, pero no podía hacer nada, incluso él tenía familiares así; además, su padre la había dejado a su cargo hasta que le fuera entregada, y no podía hacer más que esperar con paciencia. «Y eso sucederá pronto», se dijo con optimismo.

—Solo tres días, y estarán entrando a Dorhan —respondió, contento.

—Me alegra que eso te tenga tan feliz.

—Como no tienes idea.

—Sin embargo —acotó su tío con un semblante pensativo—, ¿crees que es la indicada?

—Por supuesto —bufó Zacharias en respuesta. A esas alturas, le extrañaba que su tío se hiciera esa pregunta—. ¿Por qué sigues dudando?

—Bueno, en realidad es una mujer a la que estás sacando de su desgracia.

—En cierto modo, sí, pero eso lo aprendí de ti, que eres un hombre devoto que salva muchas almas pecadoras en decadencia.

—Cielos, tampoco soy Dios.

—Yo menos —adujo él alzando sus grandes y anchos hombros, provocando una risa en su tío.

—Tienes razón —expresó cuando las risas cesaron—. Solo pienso que te mereces a alguien mejor.

—Tío, cuando la conozcas en persona, cambiarás de opinión.

—Apostemos por eso —añadió el sacerdote. Zacharias frunció el entrecejo, fingiendo espanto.

—Figurativamente, sobrino —completó su tío con un gesto divertido.

Zacharias volvió a sonreír, hasta que el mayordomo entró en la sala donde se encontraba con su tío. Tras disculparse por la intromisión, se dirigió a él entregándole un sobre antes de retirarse. Zacharias entornó la mirada y su semblante cambió a una expresión más adusta al leer el nombre del remitente: Harry Balfour, su desagradable tío.

Félix lo miró con curiosidad.

—Es una carta del tío Harry.

—¿Y qué dice, que ahora sí está dispuesto a criarte?

Él rio a desgana ante esas palabras, que sabía no eran dichas con mala intención, sino todo lo contrario.

—Anuncia que se enteró de mi boda y está deseoso de asistir.

—¿Y vas a permitirlo?

—No, pero tampoco puedo impedírselo.

—¿Y qué harás?

—Nada. Si quiere venir, que venga.

—Y hablando de ese bribón, ¿qué ha sucedido con la investigación del incendio? —le preguntó su tío.

—¿Sigues pensando que tiene algo que ver?

—Que Dios me perdone, pero sí —resopló el sacerdote en respuesta.

—Vaya —exclamó Zacharias ensanchando la mirada sin evitar volver a reír.

Pero lo cierto era que su tío solo se había presentado al hospital donde se recuperaba de sus dolorosas quemaduras, para deslindarse

de su cuidado y recalcar que no había nada que investigar porque todo había sido un desastroso y desafortunado accidente, que comenzó en las caballerizas y se propagó por toda la propiedad debido a la intensa sequía de verano que habían estado padeciendo por esa época y que solo se salvó de morir con sus padres porque estos lograron sacarlo fuera mientras ellos quedaron atrapados *dentro*. Este recuerdo opacó de nuevo su risa.

Capítulo 12

Cataline, junto a su comitiva encabezada por su tía, llegó a Dorhan seis días después de salir de Helmsley. El agotamiento por el arduo viaje era evidente; sin embargo, su llegada reanimó los semblantes, en especial el de lady Whitbey.

—¡Qué dicha, hemos llegado! —festejó mirándose en su espejo de mano ajustándose la cofia y luego espolvoreando sus mejillas.

Cataline se sacudió las faldas y entrelazó sus dedos para calmar el nerviosismo que la embargaba con cada tramo que los acercaba a su destino final: la mansión Balfour. Esta inquietud persistió hasta que el carruaje finalmente se detuvo frente a la entrada de la propiedad.

El señor Pool fue el primero en descender, después de que el cochero abriera la portezuela. Luego, se apresuró a ayudarlas, por supuesto, primero a su tía que estaba adelante en la fila. Mientras le tomaba la mano, Cataline, desde su posición, pudo divisar a las personas que esperaban en una especie de cortejo para recibirlas. Hombres y mujeres uniformados. No supo cuántos eran, pero parecían sumar el triple de los que había en su casa.

Sin embargo, tenía sentido que hubiera tanto personal; la propiedad era enorme, mucho más que la finca de su padre, y la

construcción lucía lustrosa y elegante, como si jamás hubiera ocurrido una calamidad. Su inspección se detuvo al encontrar aquella mirada intensa que había descubierto en el despacho de su padre. Esta vez se heló de impresión, porque era ella quien venía a él para quedarse a su lado.

—¿Señorita Pendleton? —llamó el señor Pool, y ella tuvo que despabilarse al observar su mano.

Su tía ya se encontraba al lado del que debía ser el tío sacerdote del conde, así como Celine y John, quienes ya habían descendido.

—Déjame hacerlo a mí —dijo el conde acercándose a ella. Pero, en lugar de tomar su mano para ayudarla a bajar, la cargó en brazos, sacándole un pequeño chillido y provocándole un intenso sonrojo—. Entremos, dejemos las presentaciones para cuando hayan descansado —añadió llevándola con él al interior de la mansión.

Cataline, apenada, estimó que por esa entrada cabría dos veces la puerta de su casa.

—Bájeme, por favor. ¿Por qué hizo eso? —manifestó removiéndose para que lo hiciera.

—¿Ha comido bien? Parece pesar menos que una pluma —dijo él como si omitiera sus palabras.

Ella arrugó la cara y frunció los labios; no obstante, se quedó mirando su cuello, su mentón fuerte y varonil, con mejillas pulidas, como si se hubiera afeitado para lucir impecable ese día.

—He comido bien —gruñó en voz baja, aún expectante de adónde la llevaba, ya que no parecía molestarle su peso mientras subía las escaleras de la derecha que terminaba, al igual que las de la izquierda, en la segunda planta—. ¿A dónde me lleva?

—A su habitación —respondió él.

Se calmó un poco al ver que detrás de ellos venían dos doncellas. Pero tragó con fuerza al detenerse ante una bonita puerta. Una de

las doncellas se adelantó para abrirla, mostrándole una espaciosa y bien amueblada habitación. Entonces, la puso de pie, y ella casi se tambaleó, lo que le sacó a él una risa.

—No era necesario que hiciera eso —repitió mostrándose algo ceñuda mientras las dos mujeres comenzaban a acomodar sus cosas y preparar el baño.

—Cargarla no es ningún problema para mí —adujo él haciendo un gesto que a ella le pareció un poco engreído.

—No lo digo por eso —murmuró poniendo la mirada en blanco.

—¿Entonces cuál es la razón?

—Solo que debió preguntarme —contestó ella.

El conde alzó las cejas, luego pareció reflexionar algo en su cabeza y al final sonrió.

—Está bien, la próxima vez le preguntaré primero. Por ahora, descanse; le presentaré a todos durante la cena —comentó haciendo un gesto para salir.

—Espere. —Lo detuvo.

—¿Algo más, mi señorita? —preguntó abrumándola con esa expresión.

—¿La joven que vino conmigo…?

—¿Su doncella?

—Sí, me gustaría que estuviera aquí.

—Seguro que también desea que descanse un poco.

—¡Por supuesto! —exclamó, espantada.

No era que quisiera hacerla trabajar, solo deseaba tenerla cerca, más que a su tía.

—Entiendo, haré que la traigan si le hace sentir más cómoda su compañía.

—Gracias —dijo.

El conde tomó su mano, haciéndola temblar un poco, y casi

retrocedió un paso.

—El que está agradecido de que estés aquí soy yo —dijo, besándola.

Ese gesto la hizo temblar de pies a cabeza. Después de eso, se marchó, dejándola allí, casi incapaz de moverse de su posición.

—El baño está preparado, milady —dijo una de las doncellas, sacándola de su estupor.

Ella se despabiló, volviéndose. Asintió, aunque quería corregirlas, porque todavía no era ninguna lady.

—¿Quiere que la ayudemos a desvestirse? —preguntó la otra chica.

Cataline abrió los ojos.

—Eh, no, esperaré a que llegue mi doncella, Celine.

Para su alivio, las dos mujeres no insistieron y salieron de la habitación. Ella suspiró con fuerza y fue a sentarse en un cómodo y mullido diván. Allí esperó hasta que Celine tocó la puerta, avisando que había llegado.

—Entra —le pidió sin demora.

La muchacha entró, acercándose a ella.

—¿Le sucede algo? —le preguntó con preocupación.

—No, solo estoy abrumada con el cambio.

—Y no es para menos. Recuerde que le dije que podía quedarme a su cuidado, pero viendo la cantidad de personas que hay aquí, no creo que necesiten una más.

—Eso pensaba, pero me haría muy feliz que te quedaras un tiempo hasta que pueda acostumbrarme, porque debes regresar al lado de tu madre con el señor John.

—Está bien, pero si cambia de opinión, me quedaré el tiempo que desee, señorita.

—De acuerdo —dijo sonriendo—. Y tía Clara, ¿sabes en dónde

está?

—Creo que la vi con el sacerdote —respondió.

Cataline no dudó.

—Bien, ayúdame con esto, porque necesito un largo baño —dijo refiriéndose a su vestido.

—Claro que sí —respondió la chica, atendiéndola cuando se puso en pie.

Pero esta seguía sonriendo, llamando su atención.

—¿Qué es, Celine? —le preguntó frunciendo el ceño más por curiosidad que por enojo.

—Nada, solo que el conde es tan galante que la ha cargado como a una princesa.

—¡Ay, no me recuerdes eso! ¡Qué vergüenza! —exclamó tapándose la cara, que se le había vuelto a poner roja.

Capítulo 13

Cataline reconoció que la presencia de Celine le brindaba mucha más tranquilidad que la de su tía, quien solo se aprovechaba de la situación para alardear. Eso había sucedido hasta que llegó la hora de la cena.

Como había anunciado Zacharias, fue el momento en que la presentó de manera formal a todo su personal de trabajo. En total, había dieciséis personas trabajando en la mansión del conde bajo las órdenes del mayordomo, el señor Dust. Él se encargaba de que todo funcionara como un reloj. Había ocho doncellas, tres de las cuales estaban al servicio del cocinero y cinco se encargaban de la limpieza. También había siete sirvientes que atendían la caballería, los carruajes y mantenían podado y cuidado el inmenso jardín delantero de la casa, que no tenía nada que envidiar a su propio jardín, bastante más pequeño.

Después de las presentaciones, se sirvió la cena, que consistió en un verdadero banquete. Aunque Cataline deseaba tener a Celine a su lado, su tía no se lo permitió. Sin embargo, no se preocupó, porque durante el tiempo que estuvieron juntas antes de la cena, Celine le había manifestado lo bien acogida que se había sentido e

incluso describió a las doncellas como demasiado amables y hospitalarias.

También fue presentada ante el tío sacerdote del conde, que, mientras su tía no dejaba de hablar sobre temas que solo ella parecía conocer, no dejaba de mirarla.

—Pensé que no mentía cuando dijo que comía bien, señorita Pendleton —comentó Zacharias, llamando su atención.

Cataline enrojeció mientras ensanchaba su mirada.

—¿Disculpe… milord? —preguntó superada por la sorpresa.

—Su plato está casi vacío —observó él, haciendo que ella bajara la cabeza.

—Mi sobrina es de poco apetito; deberá disculparla —intervino su tía, sonriendo.

—Zach, creo que solo la estás haciendo pasar vergüenza —soltó su tío Félix.

Cataline levantó la mirada y se encontró con la de él, pero de inmediato la desvió para posarla sobre el conde.

—Tía tiene razón, pero si es de su agrado, me serviré un poco más.

—Coma lo que desee, no era una observación —replicó Zacharias.

Cataline suspiró por lo bajo; en ocasiones entendía al hombre, pero sus actitudes también la confundían. Se preguntaba si trataba de ser amable o si solo era un gran petulante. Después de eso, la cena continuó gracias a la nueva charla impuesta por su tía, que iba dirigida al sacerdote, a quien le contaba que alguna vez tuvo la fortuna de cruzar unas palabras con el mismísimo arzobispo de Canterbury.

Al terminar la cena, su tía pidió a una doncella que la acompañara a su habitación y se lo concedieron, acción que ella agradeció. Era consciente, de que, a diferencia de su modesta finca allí debería

sentirse como si estuviera en su pomposa mansión de Faith Hill, de la que tanto se vanagloriaba frente a su padre en las poquísimas veces que los visitó. Cataline también estaba pensando en retirarse, pero su eminencia Félix, con el permiso de Zacharias, le pidió que hablaran unos minutos. No pudo negarse, así que lo acompañó hasta la biblioteca.

Se quedó asombrada cuando entraron. En su casa había una, pero los libros eran bastante escasos. Por fortuna, había aprendido a leer y pronto los había agotado todos. Estaba deslumbrada por las grandes estanterías repletas, tanto que casi se olvidó de por qué había ido allí.

—Estoy seguro de que podrás leer todos y cada uno de esos ejemplares —dijo el hombre a su espalda, haciéndola volver hacia él de inmediato.

—Lo siento, nuestra biblioteca es demasiado pequeña comparada con esta.

—No te preocupes, jovencita. No es un regaño. Tampoco me mires así, que no te traje aquí para un interrogatorio.

—Su señoría debe ser un gran lector.

—Para nada —se burló el sacerdote, sorprendiéndola—. Todos esos libros en los estantes solo son su manera de recuperar viejos recuerdos. Era a mi hermana a quien sí le encantaba leer.

—¿Su madre? —preguntó, aunque era algo obvio por la clara alusión.

—Sí —afirmó Félix—. Bien, voy al punto; le prometí a Zacharias que esto no tomaría mucho tiempo —agregó, captando su completa atención.

—Lo escucho, su eminencia —respondió ella.

—Tienes claro que este matrimonio es un arreglo, ¿verdad?

—Sí —contestó sin titubear; sintió que sería tonto andarse con

rodeos con alguien de su investidura.

Él le sonrió.

—Y uno muy provechoso para ti —continuó provocando que empezara a sentir un poco de enojo.

No esperaba que la palabra "desesperación" brillara como un letrero en su frente.

—Sería inútil negarlo, puesto que no tengo nada que ofrecer a su gracia —se atrevió a decir, casi mordiéndose la lengua para no sonar maleducada ante el sacerdote que los iba a casar.

Pese a su dignidad como hombre de Dios, sus palabras le resultaban ofensivas. Esperó que dijera algo similar, pero él solo sonrió.

—Por el contrario, tienes mucho que ofrecerle —mencionó, dejándola perpleja.

Luego se espabiló al recordar cuál era la exigencia número uno en su jugoso arreglo. Entonces entendió que sabía a qué se estaba refiriendo, porque para los nobles era primordial tener herederos; por eso no le parecía extraño que le exigiera uno a cambio de deslumbrarla con su inmensa fortuna y aliviar su desesperada situación.

—Sé cuál es mi obligación —replicó, lo que ocasionó que el sacerdote alzara las cejas.

En ese instante, la puerta se abrió y Zacharias entró.

—¿Ya terminaste con el interrogatorio, querido tío? —le preguntó mientras la examinaba con su mirada.

El tío bufó audible y ella resopló para sus adentros.

—Soy quien va a casarlos; tengo derecho a conocerla más de cerca.

—Lo sé, pero no la abrumes demasiado —respondió él.

Cataline casi resopló por dentro al escuchar sus palabras; era

como recitar el refrán: "acerca del burro hablando de orejas". Su padre solía decirlo cuando se ponía a discutir con la señora Cock porque a veces las preocupaciones no le dejaban comer y lo reñía por eso. Recordarlo le hizo esbozar una involuntaria sonrisa.

—Y tú, recuerda que aún no están casados, así que guarda el decoro, jovencito —le advirtió su tío, haciendo que ella arrugara el semblante.

Después de eso, se marchó, dejándolos a los dos allí.

—Espero que no haya sido demasiado brusco con sus palabras.

—No lo fue; además, es normal que tenga preocupaciones.

—Lo sé, pero, aunque en el papel haya algunas estipulaciones, quiero que sepas que yo deseo este matrimonio, Cataline —le dijo. Esto hizo que ella tragara con fuerza cuando él acortó la distancia, haciéndola retroceder topándose con el escritorio, en el que colocó sus manos para apoyarse—. Y ¿qué hay de ti?, ¿también lo deseas?

Ella abrió los ojos, no solo por la forma tan personal en que le estaba hablando, sino por el aceleramiento que le provocaba su cercanía.

—Yo… —dijo, deteniéndose cuando él puso sus manos grandes arropando las suyas, de una forma tan íntima que le provocaron un estremecimiento, al sentir la calidez de su suave tacto.

Levantó la mirada para encontrarse con unos ojos claros, intensos y de expresión ardiente. Quería odiarlo por las contradicciones que le causaba, pero también por lo obsceno de la situación, cuando parecía inclinarse lentamente para besarla sin recato.

Justo en ese momento, hubo un golpe en la puerta y la tensión se rompió.

—Señorita Cataline, su eminencia me dijo que estaba aquí; he venido a buscarla.

Esa era la voz de Celine. "Muy oportuna", pensó Cataline, porque

ya empezaban a temblarle las piernas. Sin embargo, la expresión de Zacharias parecía llevar un deje de decepción.

Capítulo 14

Para Cataline fue difícil sacarse de la cabeza lo acontecido con el conde en la biblioteca. Apenas estaban comenzando a conocerse y él ya actuaba de una forma tan extraña.

«Solo quiere hijos», se recordó.

«¿Y después qué?» se preguntó también.

Sin embargo, la pregunta sobre si él también deseaba ese matrimonio no dejaba de perturbarla. La respuesta era clara, porque jamás había deseado casarse con un arreglo tan vano de por medio. Sabía que esas cosas ocurrían y no era la primera que quizás se casaba para cumplir con un papel; solo que el hecho de que él mencionara que también lo *deseaba* la confundía.

¿Me desea a mí o me desea para procrear un hijo?

«¡Qué diatriba!» se dijo.

—Cataline, presta atención.

Su tía la llamó. Ella salió de su ensimismamiento. Dos días habían transcurrido desde que llegaron a la mansión del conde y, también, los mismos en los que no se había vuelto a quedar a solas con Zacharias. En parte porque lo evitaba, utilizando la excusa de todo lo que tenía que hacer para su preparación para la boda, y también

porque su tía contribuía a ello, enfatizando que ya tendrían tiempo para pasar juntos.

Además, si eso volvía a ocurrir sin estar preparada, como aquella noche, a lo mejor se le saldría el corazón por la boca de tanto palpitar de la impresión. Era consciente de que, tarde o temprano, *esos* acercamientos tenían que suceder, porque no había otra manera de concebir hijos. Pero esperaba estar más dispuesta y menos asustada.

Ella miró al señor Dust, quien cada día se ocupaba de enseñarle un poco sobre el manejo de la mansión. Esto formaba parte de la educación doméstica que toda señora de casa debía aprender. Cataline meditó que quizás no había sido suficiente haber aprendido a manejar la suya; sin embargo, descubrió que ser parte de la nobleza tenía sus complicaciones y que jamás pensó que tendría que aprender. Lo último que hacían en la tarde era bordar.

—¿Muchacha? —Lady Whitbey habló a Celine, quien también se hallaba con ellas—, ¿puedes ir a traer más té? Este ya se ha enfriado —le ordenó.

La joven miró a Cataline, causando que su tía casi rebuznara.

—Ve —le dijo con suavidad.

Celine tomó la bandeja y salió de la sala de bordado.

—¿Cuándo dejarás que me obedezca? —increpó a su sobrina.

—Celine es mi compañía, ha venido solo para eso.

—¿Y no te parece demasiado altruismo con la servidumbre?

Cataline frunció un poco el entrecejo ante ese comentario. Por dentro pensó que, por lo menos, deberían estar agradecidas de tener personas a su servicio.

—Milady, de seguro tenía muchas en su mansión; pudo haber traído una —respondió con aparente desinterés.

Pero logró su objetivo, porque la tía resopló.

—¿Qué insinúas, sobrina?

—Nada, solo que usted conoce muy bien nuestra situación y, más que servidumbre, Celine, su madre y aun el señor John son personas leales a las que mi padre y yo nunca dejaremos de apreciar.

—Si les dejas un poco de herencia, tendrían que lamerte los pies.

—Tía —gruñó, irritándose.

—En fin, ella no se quedará aquí. Una vez te cases, yo me quedaré para ser tu dama de compañia; tengo más que enseñarte que ella.

—¿Por qué lo dice? Tampoco se lo he pedido —replicó, airada.

—No es necesario, somos familia.

—Lo dice ahora, pero hasta hace unos meses nos consideraba poco. Si mi padre no hubiera muerto, jamás habría vuelto a aparecer —le reclamó con cada palabra.

—Cataline, ¿por qué dices eso? Me haces sentir terrible.

—Cuando mi padre le pidió ayuda, era para no tener que recurrir a algo como esto.

—¿Y no crees que fue lo mejor? Cualquiera mataría por estar en tu lugar. Dorhan es una ciudad próspera, ¿no crees que pudo haber elegido a alguna joven adinerada de por aquí? Pero te eligió a ti y hasta te hizo traer de ese pueblucho.

Cataline se puso en pie, indignada. La puerta se abrió y ambas esperaban que fuera Celine con el nuevo té, pero era Zacharias junto a su tío, que se quedaron mirando a las dos.

—Perdón por interrumpirlas, ¿pero sucede algo? —preguntó ante la evidente cara de conmoción de la tía de su prometida.

Ella se aclaró la garganta y habló, adelantándose porque lady Whitby ya iba a dar su respuesta.

—Tía Clara me ha comunicado que se marchará después de la boda. La noticia me ha conmocionado, porque su ayuda ha sido muy

valiosa, pero debo entender que ella también tiene sus obligaciones con lord Whitbey y ya la he retenido demasiado tiempo.

Su tía la miró atónita. Quizás pensó que jamás la enfrentaría de ese modo.

—Es una pena, lady Whitbey, estoy seguro de que Cataline extrañará su compañía.

«Ni un poquito», quería decirle, pero se contuvo.

—Yo… lo he dicho, pero tal vez lo piense un poco más —emitió la mujer con la voz un tanto nerviosa.

Cataline se acercó a ella y le tomó las manos.

—Ya le he dicho que lo entenderé, y para que no se lleve preocupaciones, Celine se quedará conmigo haciéndome compañía para que no me quede tan desolada —le dijo, y esta palideció.

Al rato, la joven apareció en la sala trayendo consigo la tetera con té recién hecho, y Cataline los invitó a los dos a tomarlo con ellas. Sin embargo, Zacharias dijo que no podían quedarse y que solo se habían detenido un momento allí. Mientras escuchaba su explicación, a ella le pareció atisbar en su mirada un pequeño destello de aquella decepción que había visto aquella noche en su rostro.

Capítulo 15

Zacharias admitió con entusiasmo que, desde que había anunciado su compromiso con Cataline Pendleton, la mansión Balfour había adquirido un tono más exultante y diáfano. Había dejado de lucir gris y opaca como el color de la piedra de toda la construcción. Aspecto que había adquirido luego del incendio que consumió gran parte de su pasado, y que se había asentado como el moho a las paredes desde que comenzó a vivir allí solo, tras la reconstrucción. De alguna manera, esos días le recordaban la felicidad vivida junto a sus padres, a quienes evocaba con dolor y resignación.

Pero le alegraba que ella estuviera en una situación similar, rememorando lo que escuchó, sin proponérselo, de la conversación que estaba teniendo con la que consideraba inaguantable lady Whitbey. Además, de ese modo solo se tendrían el uno al otro y él más que nadie quería convertirse en el único soporte en el cual se apoyara la dulce Cataline. Era un pensamiento un tanto egoísta pero no se arrepentía de tenerlos. No podía afirmar que estaba enamorado, pero sí había comenzado a desarrollar sentimientos muy especiales por aquella mujer que lo había cautivado con tan poco tiempo compartido, sin embargo, los suficiente para ya no fijarse en

nadie más.

A veces se preguntaba si eso era posible. Sus padres no eran un buen ejemplo, pues se habían conocido de toda la vida, ya que las familias Dupont y Balfour eran muy allegadas en esa misma región de Dorhan.

Sin embargo, a pesar de su alborozo interno, meditó en que sus intentos por acercarse y conquistar a Cataline no estaban dando los frutos deseados, y eso le generaba inquietud. Tal vez se veía perfecto por fuera y sabía de la atracción que despertaba en las mujeres; no obstante, por dentro su perfección se desdibujaba, sobre todo al recordar cómo ella lo miró con miedo cuando se sintió impulsado a besarla. Pensó que tal vez atisbara alguna de sus cicatrices, aunque estas no eran visibles.

Sacudió la cabeza, reconociendo que quizás era fruto de su *necesidad* natural, propia del *instinto* masculino; sin embargo, ella despertaba en él pasiones que apenas podía controlar. «La deseo», se dijo, recordando la piel delicada de su cuello, sus labios carnosos, siempre de un tono rosa angelical y provocador. Luego, quiso golpearse por dejar que su instinto se volviera tan animal. Meditó en que, tal vez, cuando lo viera desnudo, sería ella quien no lo deseara.

Caminó hacia la ventana, observando cómo ya estaban en marcha los preparativos para la boda, de los cuales se encargaba su secretario. Luego volvió la vista a lo que había estado revisando: el informe de la última investigación sobre el incendio que devastó casi toda la propiedad hacía ya casi veintiséis años. Frunció el ceño con enojo al descubrir que su tío Félix tenía razón; había sido provocado. La versión del rayo golpeando el árbol seco quedaba desestimada, ya que el fuego había sido iniciado en la paja seca con chispas de piedras de pedernal, y todo apuntaba a que su tío Harry había tenido algo que ver, pues era un experto en encender hogueras con

piedras.

Al observar también la lista de invitados a su boda, pensó que quizás ya era hora de confrontarlo. En su última carta, que había llegado hacía un día, anunciaba que llegaría para la boda con su familia. Supuso que, al preguntarle, lo negaría hasta morir, lo que solo confirmaría su culpabilidad. De todos modos, después de tantos años, no podría condenarlo, pero sí podría repudiarlo y quitarle los privilegios que había adquirido con la muerte de su padre sobre algunos de sus bienes, de los que seguía lucrándose para subsanar sus deudas y problemas financieros.

Al reflexionar sobre ello, también reconoció que Cataline quizás vivía una situación similar a la suya con su tía Clara Whitbey, aunque no en la misma magnitud, pues a su tío casi podría considerarlo un asesino sin remordimientos.

Su abogado regresó al despacho, trayendo en sus manos los documentos que había ido a recoger al ayuntamiento. Se trataba de la certificación del acuerdo prenupcial establecido con el viejo señor Pendleton, quien no dudaba en que en ese momento se encontraba en apuros para conseguir un esposo para su hija, ya que le había jurado que Cataline era una muchacha muy obediente.

Aceptó que haber realizado ese acuerdo sin el consentimiento previo de la muchacha había sido muy egoísta; no obstante, en su momento no se había arrepentido, porque después de verla solo terminó ratificándolo. Y, en vísperas de su enlace, seguía pensando lo mismo, por lo que estaba dispuesto a aceptar su odio o su amor, en proporciones equilibradas o desiguales.

—¿Estás seguro de hacer las modificaciones? —le preguntó el señor Bart, interrumpiendo sus cavilaciones.

El volvió a concentrarse en él.

—Sí, adelante —respondió.

Estaba seguro de que la concepción de un hijo había sido el motor del arreglo de su matrimonio con el viejo Norman; sin embargo, ya no quería que eso se convirtiera en una camisa de fuerza para Cataline. Solo qué, guardaría el secreto para él, al menos por el momento.

Capítulo 16

Cataline no sintió ningún remordimiento al pronunciar esas palabras, dirigidas a su tía, frente a Zacharias. Por el contrario, una excitación la invadió al poder expresarse sin temor a ser juzgada. Si su padre hubiera estado vivo, muy seguro la habría reprendido; era un hombre que, a pesar de haber sido vilipendiado por muchos, siempre mantuvo un espíritu respetuoso y noble. Por eso, muchos manifestaron su verdadera tristeza con su muerte.

Por lo general, no se vanagloriaba de nada y prefería mantener la cabeza gacha, aceptando lo poco que le ofrecieran. Sin embargo, se sentía orgullosa de haber puesto a lady Whitbey en su lugar. Cualquiera podría pensar que estaba siendo deleznable con ella, pero lady Whitbey también había obrado de esa manera con ellos.

—¿Se siente bien, señorita Cataline? —le preguntó Celine.

Ella sonrió. Se había perdido en sus pensamientos, principalmente porque le preocupaba si el conde y su tío habían escuchado todo lo que había dicho antes de entrar en la sala. Eso le inquietaba, no por el conde, sino por su eminencia Félix, quien parecía tenerla entre ceja y ceja. Sacudió la cabeza en señal de desaprobación, mientras le dirigía una sonrisa.

—No, solo me preocupa que te quedes más tiempo del necesario aquí por mi capricho.

—De ninguna manera, mi señora. Me quedaré a su lado todo el tiempo que me necesite, así que puede comportarse tan caprichosa como lo desee —respondió Celine con convicción, sonriéndole.

—Está bien, pero debes escribirle a tu madre para que el señor John se la lleve.

Cataline admitió que la joven Celine, siempre la hacía sentir mejor.

—Lo haré sin falta —aseguró la muchacha, quien no se había separado de ella desde la tarde de la contienda.

—Vamos, tía Clara debe estar irritada, esperando en el cuarto de costuras.

En aquella jornada se realizarían los últimos ajustes a su vestido de boda, porque la celebración sería el siguiente viernes. Al llegar al salón, lady Whitbey se encontraba con la costurera de la familia Balfour. Zacharias la había convocado para que ayudara con los últimos retoques. También estaba allí su eminencia Félix, y por alguna razón, Cataline intuyó que había sido invitado a ese encuentro por su tía.

Ese ambiente hizo que no resultara agradable para ella; aunque solo miraba en silencio, bebiendo su té sin opinar, la presencia de Félix la agobiaba, sobre todo al recordar su última conversación. Además, su tía parecía excesivamente sumisa y colaboradora. Al finalizar los arreglos, Cataline sintió alivio al pensar que la tortura había concluido y deseaba tomarse un respiro, o eso pensó hasta que, tras la partida de su tía y la costurera, Félix pidió que Celine abandonara la sala y los dejara solos.

Ella tragó con dificultad antes de sentarse, sintiendo la intensidad de su mirada, que la abrumaba y la hacía ruborizar. Él iba a empezar a hablar para desvelar sus motivos cuando la puerta se abrió

quedándose con las palabras en la boca.

—Querido tío, no pensé que aún estarías aquí —dijo Zacharias sonriéndole con afabilidad.

Félix la observó con expresión adusta y luego dirigió su mirada hacia Zacharias, suavizando las líneas de su rostro.

—Tampoco esperaba verte por aquí. Solo intentaba tener una charla con la señorita Pendleton.

—La señorita Cataline debe estar muy agotada con todos los preparativos, así que he venido a invitarla a cabalgar —dijo él, concentrando su atención en ella.

Cataline se fijó en sus ojos, de un gris claro que parecían brillar con un hermoso destello verde. Era la segunda vez que lo veía de cerca. Desde su llegada, no habían pasado ni una hora juntos, ya que tanto su tío Félix como su tía Clara les imponían mantener las distancias hasta la ceremonia. Por eso le resultaba extraño que apareciera nuevamente, justo después de que se había medido el vestido que usaría en la boda.

—Sobrino…

—Me encantaría —interrumpió ella, dejando a Félix con la boca entreabierta.

No dudaba que en la punta de su lengua tuviera una nueva amonestación.

—Sobrino, deberías ser más cuidadoso. Ya se ha levantado suficiente polvo al traerla con tanta anticipación a esta casa.

—¿Y qué más da? Pronto nos casaremos —declaró él.

—Entonces tendrán mucho tiempo para compartir después de la ceremonia —acotó su tío.

El cura continuó con sus alegaciones.

—Supongo que es así —respondió Zacharias. Cataline pensó que se dejaría convencer por su tío, pero, por el contrario, se acercó a

ella y le ofreció su brazo muy galante—. No será necesario que venga su doncella con nosotros; prometo solemnemente guardar mis modales —añadió, provocando un resoplido de su tío.

—Zacharias —lo reprendió Félix.

—Nos vemos en la cena, venerable tío —le dijo y luego volvió su mirada hacia ella—. Nos vamos, ya he mandado a preparar los caballos —concluyó.

A pesar de los recelos que aún le guardaba, ella lo miró con gratitud. Después de eso, tomó su brazo, y él la llevó afuera. No miró hacia atrás, pero pudo sentir la intensidad de la mirada de su eminencia Félix, como una daga que casi le desgarraba la espalda. Sin embargo, eso no fue impedimento para que siguiera adelante.

De todos los lugares de la vasta propiedad, Cataline aún no conocía las caballerizas y le agradó la idea de ir hasta allí. No solo porque deseaba montar a caballo, lo que no había vuelto a hacer desde que no quedó ningún caballo apto para cabalgar en la propiedad, sino también porque le alegró ver que el señor John se había adaptado muy bien con los empleados del conde. Al verla llegar del brazo de Zacharias, él se apresuró a saludarla.

—Señorita —dijo haciendo una tosca y amable venia tras quitarse el sombrero de paja.

Sabía que a John no se le daba bien la formalidad, lo que le recordó cuando su padre lo trajo a trabajar a la finca. No era una persona muy sociable y, a pesar de su aspecto burdo y hasta de la falta de modales que le había dejado su antiguo trabajo como arriero, siempre había tenido una expresión amable hacia ella.

—Me alegra ver que está bien, señor John.

—Eso es gracias a usted, señorita.

Cataline sintió un ligero sonrojo de vergüenza. El bienestar de todos ellos (incluyéndose también) no se debía a su intervención,

sino al hombre que la acompañaba y que pronto se convertiría en su esposo.

—Es su gracia, Lord Balfour, quien ha sido demasiado bueno con todos nosotros —respondió.

El viejo John, inmediatamente, se inclinó ante él.

—No es necesario darme las gracias; me convertiría en un ogro si no me importara el bienestar de las personas que rodean a mi futura esposa. Ahora, vaya a buscar nuestros caballos; la tarde está maravillosa para cabalgar —explicó.

John obedeció al instante.

Capítulo 17

Zacharias se sintió eufórico por lo que acababa de expresar, ya que en el fondo buscaba impresionar a Cataline a como dé lugar. También le encantaba verla sonrojarse, aunque no tan silenciosa cuando se encontraba cerca de él. Deseaba que tuvieran más interacción, que fuera más abierta, pero esto había sido casi imposible debido a las amonestaciones de su tío, quien le advertía sobre la importancia de evitar demasiado contacto. Le parecía absurdo, considerando que pronto la convertiría en su esposa.

—Gracias por aceptar. Después recibiré la charla de mi tío, pero estoy seguro de que valdrá la pena —dijo él.

—No sé si ha sido buena idea, puesto que no tengo mucha habilidad para cabalgar —expresó ella.

El deje de vergüenza que percibió en su voz lo hizo jactarse y sonreír.

—Si no sabe, yo la enseñaré.

—Milord, no es mi intención hacerle perder su tiempo con mi falta de habilidades —manifestó ella.

Zacharias no respondió y simplemente la contempló, hasta que ella pareció nerviosa bajo su mirada.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo mi padre?

—De ninguna manera, lo acabas de hacer tú misma —respondió dejando de lado un poco del decoro que debía mantener con ella, deseando poder llamarla de una forma más cercana e incluso íntima.

La vio tragar con fuerza y reconoció que quizás se estaba excediendo. Quería conquistarla, no que ella lo aborreciera. En ese momento, el señor John, junto con otro de sus trabajadores, se acercaron trayendo los dos caballos que había mandado a ensillar para el paseo. Aunque no era algo que hubiese planeado con anticipación, hasta ese momento podía contar con los dedos de una mano las veces que había interactuado con ella.

Se sorprendió al ver cómo subía a su caballo con la ayuda del señor John. Cuando mencionó su incapacidad para cabalgar, él había intuido que ni siquiera sabría cómo subirse a la silla, pero lo hizo tan bien que le dejó atónito.

Eso lo despabiló, y él también subió al suyo, arreando después el caballo hasta donde estaba ella, que acariciaba la crin de la hermosa hembra, mientras sostenía las riendas.

—Supongo que mencionar sus deficiencias solo era una patraña para impresionarme —dijo llamando su atención.

—Mi padre fue quien me enseñó a montar cuando todavía teníamos caballos en la finca. Solíamos cabalgar juntos, hasta que tuvo que venderlos y ya no pudimos volver a hacerlo. Además, tampoco quedaban terrenos por recorrer. A veces me pregunto por qué aceptó este trato si no tengo nada que ofrecerle.

—¿Quién lo dice? —inquirió él.

—Mis precarias circunstancias —barbotó ella con una naturalidad que le hizo esbozar una sonrisa.

—Eso, mi señorita, no es cierto —adujo él—. Veamos cuánto

puedes cabalgar. Por suerte, tenemos mucho terreno que explorar —agregó, espoleando su caballo.

Se detuvo a cierta distancia, esperando que lo siguiera. Ella lo miró con gesto ceñudo y luego apretó las riendas, arreando su caballo, aunque con más delicadeza. La yegua que le había mandado a ensillar era mansa y llevadera, por lo que la obedecería y la llevaría a donde ella quisiera.

—¿Cómo se llama? —le preguntó sobre el caballo que montaba cuando llegó hasta donde él se encontraba.

—Flora, y es una yegua —le respondió exultante.

—Es hermosa —manifestó ella dejándolo boquiabierto.

—Será tuya y podrás montarla cuando lo desees —le reveló haciendo que se espantara y lo mirara con sus ojos aguamarina, abiertos como platos.

—¿Lo dice en serio? —preguntó haciendo que se retrajera un poco, descubriendo así que tenía un efecto abrumante en ella, solo esperaba que no le fuera tan agotador como para terminar despreciándolo.

—¿Por qué mentiría sobre ello? —adujo con la pregunta.

—Porque debe ser muy valiosa para usted —replicó ella haciéndole esbozar una sonrisa.

—También empiezas a serlo para mí y no tengo problemas en regalártela. Si no te gusta el nombre, puedes ponerle otro.

—¡No!, ¡me gusta! —respondió ella un poco exaltada. Él se quedó mirándola, interrogante, y la escuchó suspirar. Un gesto que enrojeció de nuevo su semblante—. El nombre, me encanta —añadió ella como si se explicara mejor.

Zacharias sonrió.

—Entonces no acepto devoluciones —contestó.

—¿Por qué lo hace? —lo cuestionó cuando él iba a poner en

movimiento de nuevo el caballo.

—¿Qué? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—Tratarme con tanta admiración, como si me lo mereciera todo —respondió ella sorprendiendo un poco a Zacharias, quien decidió guardar silencio porque ella continuó—. Conozco la naturaleza del acuerdo que hizo con mi padre y cumpliré con ello. Así que no tiene que esforzarse demasiado por deslumbrarme.

Zacharias se quedó pasmado con sus palabras. No es que no hubiera considerado que había una razón sólida detrás de aquel acuerdo, pero al final solo se había convertido en una excusa. Recordó que lady Whitbey había mencionado algo al respecto durante sus discusiones. No era mentira que podría haber elegido a la señorita de más prestigio en todo Hull, pero ninguna de ellas le había inspirado lo que sentía por Cataline.

Por un momento, pensó que ella sería la ideal, porque, debido a la precaria situación en la que la había dejado su padre, no habría forma de que rompiera el acuerdo, ya fuera por respeto o necesidad. Sin embargo, nada de eso haría cambiar su nueva determinación.

—¿Eso quiere decir que está dispuesta a conformarse con poco? —la increpó agravando un poco su tono.

No buscaba irritarla ni amedrentarla, sino más bien provocarla. Si bien no podía menospreciar los requisitos de aquel acuerdo, sí deseaba que estos sacaran a relucir el verdadero carácter de Cataline. No le importaba si ella lo odiaba, solo quería que incluso ese sentimiento fuera genuino.

—No…entiendo —replicó ella con voz trémula.

—No se preocupe, más adelante lo entenderá —adujo él dejándola adrede con la incógnita.

Después de eso, arreó su caballo en dirección a la extensa ladera cubierta de prado verde y florido. Para su júbilo interno, ella lo

siguió.

Capítulo 18

Cataline llegó agotada, pero feliz, de su paseo a caballo por la amplia pradera junto a Zacharias. Tenía que admitir que, a pesar de la conversación algo brusca que habían tenido, esto les había permitido conocerse un poco más de lo que lo habían hecho hasta el momento. Aunque la tensión en torno al tema central del matrimonio seguía presente, al menos podía sentirse tranquila por haberle hablado con franqueza.

En el fondo, aún no definía si eso era bueno o inconveniente, pero al menos servía para que cada uno tuviera claro su papel.

—Debió disfrutar mucho su paseo con el señor conde, mi señorita. —Celine le manifestó, animada, mientras le cepillaba el cabello largo y castaño.

Cataline sonrió reconociendo internamente que tenía razón. Incluso se le notaba en la mirada, que ella misma sabía se le había vuelto más apagada por más que se mantuviera optimista con su situación. Razón por la cual, sus asistencias a los bailes resultaban un completo fracaso, sobre todo cuando la miraban con lástima.

Muchas veces quiso salir corriendo de ellos, luego de escuchar murmullos dirigidos de forma evidente hacia ella: unos sobre sus

vestidos gastados y descoloridos por el constante uso, su apariencia austera y lastimosa, imbuida por su mala situación y todo ello aunado a su falta de dinero. Jamás imaginó que lo que otros veían como un obstáculo para conseguir un buen marido, no significara nada para alguien de su talante.

—Fue un recorrido muy ameno —expresó, aunque, por alguna razón, no podía evitar cierta contrariedad—. También me regaló una yegua, ¿puedes creerlo? —confesó, exaltando a la joven.

—Eso solo quiere decir que Milord es un hombre muy encantador.

Ella arrugó el ceño ante ese comentario.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo siento si he dicho algo que no debía.

—No es eso, es solo que… ¿Cómo puedes afirmar que es encantador si lo conoces tan poco como yo?

Con esas palabras, no pudo evitar recordar al hombre a quien su padre había vendido los últimos terrenos de utilidad de la finca. Por un momento, se confundió al pensar que Lord Balfour se parecía mucho a él, por la manera en que lo había visto montar a caballo de forma tan diestra.

«No, no», se detuvo de esos pensamientos porque ni siquiera había visto la cara del otro caballero, solo su enigmática presencia. Tragó con fuerza y se sacudió.

—Tiene razón, pero mi madre siempre dice que se puede reconocer cuando una persona es buena.

«Quizás por fuera», meditó para sí misma. Después sonrió.

—De todos modos, no creo que milord sea una mala persona, pero, al igual que todos los que he conocido, se mueve por sus propios intereses.

—Yo creo que su único interés es usted, señorita —le porfió a su señora algo taimada.

—¡Celine! —exclamó espantándose, mientras esta se reía de forma inocente.

Al final, terminó contagiándose, recordando que la chica era más joven y quizás estaba haciéndose las mismas ideas que ella cuando tenía su edad. Luego, puso los ojos en blanco y volvió a mirarse en el espejo, recordando las palabras de las que aún no lograba descubrir el significado. Celine siguió peinando su cabello desde la raíz hasta las puntas, hasta que se detuvo porque tocaron la puerta.

—Ve, abre y también vete a descansar —la instó ordenándole con amabilidad, y ella obedeció. La persona en la puerta no era otra que su tía, lady Clara, pidiendo verla.

No quería hacerlo, pero no tenía más remedio. De todos modos, ella se había tomado muy en serio su papel de tutora desde que se descubrió lo del compromiso con el conde. Fuera por conveniencia o necesidad, ambas parecían estar en esa misma línea.

Lady Whitbey entró dirigiéndose hasta donde se encontraba.

—¿Te ayudo? —le preguntó agarrando el cepillo de cerdas suaves.

—No es necesario. Celine ya me ayudó a desenredarlo —respondió atándose la larga cola con un lazo y dejándolo caer luego sobre su hombro—. ¿Puedo saber qué desea? —preguntó haciendo que esta exhalara con fuerza.

—Lo sabes bien —declaró la mujer sentándose en la otra butaca—. Después de tu matrimonio…

—Podrá regresar tranquila al lado del señor Whitbey —le dijo, completando sus palabras.

—Cataline…

—Creí que solo vendrías a cumplir tu labor y te marcharías.

—Sé que dije eso, pero mi situación con el señor Whitbey no es la mejor en estos momentos.

—Entonces, con más razón, debería volver.

—No pensé que fueras tan insensible.

—Si me dice las cosas con claridad y no se anda con rodeos, quizás pueda entenderla mejor, tía Clara.

Cataline ya no andaba con recatos.

—Sé que estás resentida por lo que dije, pero admito que lo hice sin pensar. Me equivoqué y por eso quiero enmendar mi error.

—¿Quedándote a mi lado?

—Pero solo hasta que decida qué hacer.

Cataline suspiró con fuerza.

—Está bien —dijo haciendo que el rostro de Clara Whitbey se iluminara—. Una vez me case con Lord Balfour, le hablaré de la finca. Le pediré que la conservemos y usted puede quedarse allí el tiempo que lo necesite —añadió apagando de tajo su semblante.

—¿Pero por qué ese lugar? Podría serte más útil aquí.

—Aquí hay ayuda de sobra, pero me haría muy feliz que me ayudara a conservar el legado de papá.

—Lo dices como si el conde estuviera dispuesto a mantenerla.

—Si no lo hace, entonces no tendrá más remedio que regresar y arreglar más pronto su situación con el barón.

—¿Cómo crees? ¡Ese imbécil tiene una amante! —exclamó sorprendiendo y descolocando a su sobrina—. L-Lo siento, sobrina, pero ya ves, tu tía vive una desgracia —añadió recomponiéndose, aunque sus manos temblaban.

—Yo también viví una desgracia, pero jamás huí de ella —dijo manteniendo su postura más serena.

—Si crees que es fácil para mí admitirlo, estás equivocada —repuso casi con voz lastimera.

—Reconozco que siempre ha sido una mujer orgullosa, así que le creo.

—¿Quién iba a creerlo? Antes eras tú la desesperada, y ahora la

desgracia me ha puesto en el mismo lugar.

—Aunque no lo creas, te entiendo, e incluso puede que el día de mañana esté en tu misma situación, pero huir del problema no es la única opción.

—Oh, Cataline, tienes tanta razón. Ninguna de nosotras está exenta de esa fatalidad, sobre todo cuando te casas por conveniencia —arguyó lady Whitbey, recuperando la dignidad y poniéndose en pie—. Tomaré tus limosnas; las necesitaré mientras decido qué hacer con este gran dilema —agregó y, acto seguido, salió caminando muy digna de la habitación.

Cataline pensó que lo había dicho con doble intención; no obstante, ninguna de las dos podía afirmar que el conde jamás la traicionaría con otra mujer. Sin embargo, por el momento, podía jactarse de que le había regalado una hermosa yegua.

Capítulo 19

Llegó el día señalado para la ceremonia, y Cataline lo asumió con gran entereza. Por un lado, experimentaba los típicos nervios de una novia primeriza; por otro, era consciente de que este momento significaba el fin de las barreras que aún se mantenían en el compromiso. Su mente se llenó de aquella conversación que tuvo con la señora Cock en la cocina sobre cómo se reproducían las gallinas. Sacudió la cabeza con fuerza, tratando de ahuyentar esos pensamientos.

—Ya está —dijo aplaudiendo su tía después de terminar de ajustar la diadema de perlas blancas que sostenía el velo en su cabeza—. Puedes mirarte al espejo —le indicó animándola a que girara el rostro hacia el tocador.

Cataline obedeció y suspiró, conteniendo su emoción. Sonrió al verse; se veía diferente. *Hermosa*. Sus mejillas se tiñeron de un suave color, y luego sintió una punzada de congoja al recordar que la persona que había dado hasta su último aliento para que este momento se hiciera realidad, no estaba allí para contemplarla.

«Gracias, papá», murmuró en voz baja antes de recibir el ramo de florecillas blancas de manos de Celine. Las habían recogido del

jardín con el permiso del mayordomo, quien a su vez lo había preguntado al conde. Hasta ese momento, solo había contemplado el lugar, ya que no se sentía con derechos para deambular a sus anchas por allí; sin embargo, ganas no le faltaban, porque estar entre flores y plantas era lo que más disfrutaba hacer. De ahí que no le molestara que sus uñas siempre estuvieran llenas de tierra, resultado de cuando olvidaba colocarse los viejos y gastados guantes de cuero que pertenecieron a su madre, porque sin importar el estado de sus manos, araba la tierra con sus propios dedos.

A pesar de no haberla conocido ni de haber pasado tiempo con ella, más allá de los meses que estuvo en su vientre, siempre se decía que había heredado de su madre ese gusto. Además, su padre alimentó esta idea contándole cuánto le gustaba dedicarse al cultivo en su jardín.

—Vamos, Cataline, ya es hora.

La voz de su tía la sacó de sus pensamientos. Se puso en pie, sintiéndose orgullosa de lucir el mismo vestido que había usado su madre. Lo había rescatado del viejo baúl en el desván, donde su padre había conservado muchos objetos que le habían pertenecido, aunque lady Clara lo había desaprobado desde que lo vio por su estado viejo, mohoso y casi deteriorado. Sabía que él anhelaba que se lo pusiera algún día, por lo que con la señora Cock y Celine lo habían lavado muchas veces con diferentes mezclas y agua de rosas perfumadas para quitarle el olor a viejo que había adquirido tras tanto tiempo guardado.

Ella se incorporó, asintiendo.

—Por fin ha llegado la boda y tendrás que enfrentarte a una nueva vida de la que no tienes idea de cómo desenvolverse. ¿Estás segura de que quieres que me quede a cuidar el rancho de tu padre,

sobrina? —murmuró Lady Whitbey a su oído mientras dejaba caer el velo sobre su rostro.

Cataline arrugó el semblante, admitiendo que en parte tenía razón; no obstante, estaba decidida.

—Gracias a su guía, conozco un poco cuáles serán mis nuevas responsabilidades. Pero la decisión ya está tomada, y creí escucharle decir que recibiría sin reparos mis limosnas. La finca de mi difunto padre no es un rancho viejo, porque aún se mantiene en pie —dijo comenzando a caminar por el pasillo, escoltadas por Celine y dos doncellas más que también la habían asistido con los arreglos.

En el fondo, le molestó que insinuara que Celine no tuviera nada que enseñarle ni en qué ayudarle con su nueva labor; sin embargo, eso era lo que menos le importaba. En la salida de la casa principal, la esperaban el resto de los trabajadores, y se emocionó al ver al señor John entre ellos, luciendo como nunca lo había visto. Vestido de forma prolija y elegante, él le sonrió al verla pasar, mientras caminaba hacia la ermita donde Zacharias había decidido que se celebraría la ceremonia. Una vez se adelantaron todos ellos fueron detrás.

Por parte de Cataline, su lista de invitados se reducía a tres personas: su pomposa tía, Celine y el señor John. Sin embargo, sabía que la del conde tampoco era tan extensa. Aparte de saber que allí estarían el secretario Pool, que aún era joven y soltero y el abogado Bart que era más mayor y estaba casado, Lady Whitbey le había comentado que asistiría el vizconde de Dorhan y un enviado del príncipe regente, su majestad Jorge. También le mencionó que habría otro familiar muy cercano además de su tío Félix: su tío Harry Balfour, su esposa y su hijo, a quienes estaba a punto de conocer.

Su llegada fue anunciada con aplausos que no esperaba, al igual que la hermosa y cuidada decoración con flores y rosas blancas y

rosadas. Tragó con fuerza cuando todas las miradas se centraron en ella, haciendo casi imposible su avance. Su mente parecía contrarrestar sus pasos, lo que la hacía casi trastabillar.

—Ten calma, querida sobrina. Esto es solo el comienzo —murmuró su tía a su oído mientras ella visualizaba el rostro de Zacharias, erguido con elegancia y esperándola al lado del padre Félix.

Volvió a tragar con fuerza y miró de reojo a su tía para que viera que estaba bien, antes de continuar su camino hasta que el conde tomó su mano. Una vez que él la agarró, ejerciendo una suave presión y sonriéndole sin dejar de mirarla ni un solo momento, ella imaginó que, desde ese día, se convertiría en su *posesión*.

El padre Dupont se aclaró la garganta, llamando la atención de todos los presentes y de ambos, para iniciar la ceremonia. Ella solo esperó que los nervios que sentía no le hicieran olvidar nada de lo que debía recitar, y en especial sus *votos* matrimoniales. Luego, tras el silencio solemne que llenó la pequeña ermita, la tan esperada ceremonia comenzó.

Capítulo 20

Zacharias estaba exultante de alegría porque, por fin, había llegado el momento que más había anhelado: su boda —arreglada o no— con Cataline. Había notado un ligero temblor en su mano cuando la recibió, pero esperaba que fuese solo por la emoción. Ver a su tío y su familia allí le recordaba cuáles habían sido los términos acordados para llegar a esa instancia; sin embargo, con el paso de los días y meses desde que firmó ese pacto con Norman Pendleton, estos habían ido modificándose. Pensaba contárselo a la que ya podía llamar su *bella esposa* y, con ello, sacarle de a poco las dudas que el exigente acuerdo había formado en su inteligente cabecita castaña.

La quería, pero no solo para tener herederos que le evitaran la desgracia de que algún día todo por lo que seguía trabajando quedara en manos de su primo. Tras finalizar la ceremonia, llegó el momento del obligado agasajo y las felicitaciones, por lo que él se acercó a Cataline y ya no la soltó de su brazo. Al principio le inquietó su docilidad, pero luego, con las emociones a flor de piel, se olvidó de ello, pensando que solo se estaba acostumbrando a él, porque, como declara el sagrado sacramento del matrimonio, estarían juntos hasta que la infeliz *muerte* los separara.

—Ya veo que escogiste a una linda y agraciada jovencita. Me pregunto de dónde la has sacado, querido Zachary —dijo su tío Harry usando el apodo que le daba su padre.

Zacharias habría deseado no haberlo invitado, pero le fue imposible, pues eran familia y el decoro lo obligaba. Sin embargo, evitó que llegaran mucho antes de lo que habían planeado e incluso decidió no recibirlos en su casa debido a que todo estaría ocupado con los preparativos de la fiesta y la llegada del enviado del príncipe y el vizconde, quienes se hospedarían allí hasta el día siguiente. Así que no les quedó más remedio que buscar hospedaje en la ciudad y pagarlo de su propio bolsillo.

A pesar de la mirada seria y socarrona de su tío, estaba seguro de que se lo reprochaba de dientes para adentro. Tal vez se mostraba engreído y mal educado, pero si dependiera de él, ni siquiera estaría vivo.

—No me lo creerías, tío —repuso componiendo su semblante con una gran sonrisa.

No pudo evitar mirar de reojo a Cataline para ver su reacción ante esas palabras, pero ella permanecía, aferrada a él e impertérrita ante la conversación. Eso le sorprendió gratamente.

—Supongo que decidiste buscar por tus propios medios para asegurar tu futuro —continuó su tío.

Esta vez logró irritarlo. Sabía bien por qué lo decía, y esto le trajo a la memoria el momento en que se dignó a ir a visitarlo al sanatorio donde Félix lo había llevado para salvarle la vida y que le curaran las graves heridas causadas por el fuego. Por fortuna, ninguna parte de su rostro había sufrido daños, pero sus pulmones por aspirar el humo y su pecho sí; tanto que la gravedad de esa quemadura casi le paraliza el corazón. También sus hombros y sus brazos, donde las cicatrices en su piel eran como un doloroso recordatorio del sacrificio

de sus padres.

—Así es —afirmó mirándolo directo a los ojos—, y no me quejo en absoluto de ello.

—Es una lástima. Lady Emma estará muy decepcionada de escuchar estas noticias —adujo Harry.

Él observó adusto cómo miraba hacia el lugar donde se encontraba su esposa Ethel Balfour, conversando a gusto con lady Whitbey. No ignoraba que estuviera sacándole información sobre Cataline. Zacharias se preguntó si eso le inquietaba a ella, porque, a pesar de la buena relación que aparentaban tener, su ya bella esposa había decidido no quedarse a su lado, y aunque no pensaba entrometerse, le alegró esa decisión.

—No sabía de los intereses de lady Emma, y, si nos permites, voy a bailar con mi esposa —dijo pidiéndole a Cataline con un gesto de la cabeza que lo acompañara.

La llevó a donde sabía que se sentiría feliz, con su joven acompañante y el señor John, quien era un leal servidor. Así que se alejaron de su tío y, aunque no le dio mucha importancia a la mención de lady Jones, a quien no veía desde que tenía diez años, pensó que su tío lo había hecho con alguna intención poco oculta. Para ellos, así como para algunos asistentes, Cataline Pendleton era una total desconocida, y aún seguía siéndolo para él, aunque esperaba descubrir todos sus misterios poco a poco.

Por el momento, no habían tenido un minuto para hablar, y planeaba que lo harían cuando terminara toda la fanfarria, la cual él mismo había propuesto que no durara mucho, porque lo primero que iba a hacer era llevársela lejos, donde finalmente estuvieran solo los dos.

Sin embargo, mientras esa ocasión llegaba, disfrutó de verla sonreír bailando con el señor John, quien, sin duda, le recordaría a

su padre. También le sorprendió ver que el joven secretario Pool se había animado a sacar a bailar a su doncella. Nunca había manifestado ningún interés en la chiquilla, ni cuando permaneció tres meses en aquel pueblo rural, ni a su regreso. De todos modos, no le dio mucha importancia a esto, porque tampoco lo incomodó. Era de la libre opinión de que todos podían hacer lo que quisieran, tal como estaba dispuesto a aceptar que la dulce Cataline hiciera lo que deseara con él.

El solo pensamiento morboso de ser recién casado le provocó un súbito orgullo, aunque también le llenó de un poco de temor al pensar en la expresión que adoptaría ella al ver sus feas cicatrices.

¿Las amaría u odiaría? Igual como él lo había hecho en algunas ocasiones.

Capítulo 21

La fiesta de bodas finalmente había llegado a su término, y Cataline tuvo que admitir que lo sucedido, aunque resultó un poco agobiante al tener que conocer y saludar a personas desconocidas, no le había sentado tan mal. Se sintió a gusto en las ocasiones en las que ya no tuvo que mantener a raya su torpeza, como cuando fue presentada al señor Harry, quien parecía tener la intención de incomodarla y eso era algo que ya sabía soportar.

El nombre de lady Jones reverberó en su mente junto a las taimadas palabras de su tía, pensando que quizás ella era alguien que estaba a la altura del conde. No sabía qué clase de relación tenía su ya marido con su familia, pero algo en su interior le susurraba que no era tan buena como la que, quizás, ella mantenía con su tía.

—Ya he terminado, señorita; lord Balfour ya debe estar ansioso esperándola —avisó Celine al terminar de hacerle una larga trenza.

Ella suspiró profundo, meditando que solo la fiesta había acabado y que se acercaba un momento crucial: la noche de bodas. Eso la asustó, y mientras esta le sonreía un tanto jocosa, ella debía lucir aterrada. Habían venido a su habitación por última vez para

prepararse e ir a la que, en adelante, compartiría con Zacharias.

—Gracias, Celine —dijo agarrando la larga cola atada al final con una bonita cinta y un pequeño ramito de gypsophilas perfumadas, que de seguro había tomado del ramo que llevó en la ceremonia y que habían sido recogidas del jardín.

Se puso en pie, mirando la bata de suave algodón con cuello de encaje, amplias mangas y que le llegaba hasta los pies. La hacía sentir cubierta por fuera, pero desnuda por dentro, puesto que no llevaba nada debajo. Su tía se había ofrecido a ayudarla a prepararse para la ocasión, pero la declinó porque no quería que terminara burlándose de ella, haciéndola sentir más nerviosa de lo que ya estaba.

Después de lanzar una profunda exhalación, se puso en pie con determinación, porque, al fin y al cabo, era algo que debía pasar.

—Vamos —dijo decidida.

Celine le colocó el sobretodo encima y enseguida se adelantó, caminando hacia la puerta. La abrió, esperando que ella la cruzara. Cataline no se detuvo y, de inmediato, la atravesó. Para su sorpresa, afuera estaba su tía, quien sonrió al verla, acompañada de las dos doncellas.

—Te acompaño, querida —dijo uniéndose a ella.

—Estoy bien —le dijo en un murmullo mientras avanzaban bastante delante de las demás, como era la norma.

—Te creeré, pero no se nota mucho.

—Tía —masculló.

—Sé que no me quieres aquí, pero entiendo que lo estés, sobre todo después de lo que me contó lady Balfour.

—¿Y eso debería interesarme? —la increpó.

—Qué curioso —adujo con un tono de admiración—, fue sobre la condición de Zacharias. Quizás cuando lo veas tendrás más claridad

sobre la urgencia de casarse con alguien de tu condición, queridita —comentó la mujer descolocándola un poco.

—Eso…

Iba a hablar, pero la mujer rio ladina añadiendo lo siguiente:

—Tendrás que descubrirlo por ti misma; finalmente, tu suerte ya está echada.

Cataline frunció el ceño y con más razón se negó a cambiar su decisión sobre ella, que ya tenía los días contados ahí. Siguieron caminando en silencio hasta llegar al pasillo de la habitación matrimonial. Allí se detuvieron las demás mujeres y ella continuó sola.

«¿Estaría echada su suerte?», se preguntó, molesta, por las insinuaciones de lady Whitbey, cuando se encontró frente a la doble puerta de gruesa madera y fina talla. Iba a levantar su mano para tocar, cuando esta se abrió de forma repentina, dejando su pequeño puño en el aire.

—Cataline —pronunció su nombre, dejándola atónita.

Mientras ella estaba preparada para ir a la cama, él parecía haber salido de ella. Estaba vestido, pero no con ropa de dormir, sino con la camisa y los pantalones que usó en el baile, y hasta los zapatos. Eso la confundió.

—¿Va usted a salir, milord? —preguntó haciendo que él enarcara sus bonitas y pobladas cejas, negras como su cabello.

—No, ¿cómo puedes pensar eso? Te estaba esperando —dijo con una expresión más risueña, aunque casi tan nerviosa como la de ella—. Adelante —agregó después de aclararse la garganta y colocándose a un lado para que ella entrara en el aposento.

Cataline tragó con fuerza el nudo que se le formó en la garganta.

—Gracias, milord —balbuceó inclinando su cabeza, haciendo que la larga trenza se balanceara hacia adelante.

Vio, entonces, cómo la mano de Zacharias agarraba el final de esta, donde estaban las florecitas atadas con la cinta. Ella se enderezó para observar cómo la llevaba a su nariz y luego a sus labios, sin dejar de mirarla. Eso le hizo flaquear las piernas y entreabrir la boca, lanzando un pequeño suspiro, como una pequeña llama que comenzaba a encender todo su cuerpo.

Capítulo 22

Zacharias planeó no verse como un tonto ansioso frente a Cataline. Por esta razón, tras meditarlo durante un rato, decidió no recibirla en ropa de dormir y prefirió permanecer con parte de lo que había llevado puesto durante la fiesta que había concluido hacía unas horas, dejando la casa sumida en un silencio palpable.

En parte, esto era porque aún persistía su temor a ser rechazado. Sin embargo, no pudo evitar mostrarse emocionado con su llegada, tanto que, de manera arbitraria, tomó su trenza y la besó, reconociendo las florecitas blancas que había llevado como un delicado pompón, horas antes en sus manos.

Tragó con fuerza antes de ceder a su impulso, agarrándola por la cintura y rodeando su cuello con un brazo para cargarla, lo que provocó que sus zapatos cayeran al suelo y pudiera apreciar la desnudez de sus pies.

—¿¡Milord!? —exclamó ella, espantada—. ¿Q-Qué hace?

—Puedes empezar a llamarme por mi nombre. Me encantaría que me dijeras Zacharias —respondió él, aunque esto no parecía contestar a su incógnita sobre su repentino impulso.

Era el mismo que había sentido cuando ella llegó por primera vez,

temerosa de bajar del carruaje; al menos, eso fue lo que interpretó y lo que le motivó a alzarla en brazos. La miró con urgencia después de empujar la puerta abierta para cerrarla tras de ellos.

—Yo… no sé si pueda hacer eso —manifestó ella, temblorosa.

—¿Por qué no? —preguntó él sorprendido, caminando hacia la enorme cama con dosel que ocupaba el centro de la espaciosa habitación—. Creo que llevamos bastante tiempo conociéndonos. Además, ya somos marido y mujer —añadió provocando un profundo rubor en el rostro de la muchacha.

Esto lo complació; no porque le gustara aterrorizarla, sino porque le hacía sentir que no le era tan indiferente y de algún modo la afectaba. Solo esperaba que fuera para bien de ambos.

—L-Lo sé, solo que me costará un poco.

—Puedo enseñarte para que no te cueste —le dijo cuando la depositó en la cama, sentándola. Luego fue por sus zapatos y se arrodilló frente a ella para ponérselos en sus delicados pies, conteniendo el deseo de acariciarlos más tiempo del necesario—. Lo siento por lo de hace un rato; es solo que imaginé que nos quedaríamos toda la noche conversando en la puerta —añadió terminando de colocarlos y dejándose caer sentado en el suelo.

Entonces la vio sonreír.

—Siendo así, mi pregunta es: ¿por qué todavía va vestido?

—¿Esto? —preguntó, señalando la camisa con la mirada. Ella asintió, confirmándolo—. Eso es porque no quiero que salgas corriendo todavía. Antes me gustaría contarte algo y después podrás decidir.

—¿Qué debo decidir? —le preguntó ella, con la mirada ensanchada.

Esto le sorprendió; se preguntó si había escogido bien sus palabras. Aun así, ya había tomado su decisión. Pese a que la

deseaba, no iba a obligarla.

—Si te aterro o no.

—¿Por qué me aterraría? —siguió ella, instándolo a que se explicara.

Entonces se levantó, decidido, y se sentó a su lado, casi tan cerca que sus hombros se tocaban —aunque el de ella apenas le llegaba a la mitad del brazo—. Zacharias reconocía que esa herencia de altura se la debía a su padre, que era tan alto e imponente como un mástil de barco. Pero su madre no era tan pequeña como Cataline; por el contrario, era robusta de anatomía y muy suave de carácter.

Salió de sus pensamientos cuando sintió que ella se removía a su lado.

—¿Te incomodo? —quiso saber.

Ella aclaró su garganta.

—Eh, no; solo es inevitable que me sienta un poco inquieta.

—Supongo —adujo él relajándose un poco porque quería seguir hablando. Era su noche de bodas, pero prefería ser franco—. A estas alturas, ya debes saber la tragedia que sucedió en mi familia —expresó bajando la mirada, al igual que ella, fija en el suelo.

—He escuchado algunas cosas —comentó ella con la voz un poco más firme.

—Ocurrió cuando tenía cinco años. Aún no se sabe qué lo provocó en realidad, pero un gran incendio quemó y destruyó todo lo que había en pie en este lugar —empezó a relatar.

—Escuché por tía Clara que sus padres murieron en ese incendio —dijo la muchacha, quizás animándose a hablar.

—Así es, lady Whitbey te dijo la verdad —admitió, aunque era evidente.

Si hubiese sido diferente, ellos estarían a su lado y él no le estaría contando esa historia que no solía relatar a nadie.

—¿Y usted?

—Fui salvado por ellos —contestó haciendo que ella se ladease para mirarlo.

Ambos encontraron sus miradas. Pensó que parecería triste, pero mostraba amabilidad, y hasta comprensión. Después, le sonrió con timidez. Él también esbozó una sonrisa, aunque no sabía por qué, puesto que no contaba un chiste, sino su gran tragedia. Sin embargo, no podía molestarse por ello, y menos con ella, quien cada vez lo conquistaba aún más.

—Lo siento, no trato de burlarme de su tragedia —dijo ella.

—Está bien; no te estoy acusando de ello —repuso él con serenidad—. Así fueron las cosas: mis padres no pudieron salvarse de las llamas, pero lograron que yo sobreviviera a ellas.

—Estoy segura de que ellos deben estar orgullosos de eso —expresó conmoviéndolo un poco, porque durante mucho tiempo no había pensado así, sobre todo cuando miraba las heridas que afeaban su cuerpo, en el espejo, y que tardaron mucho en sanar.

—Quizás no lo noten ni en mi rostro ni en mis manos, pero tengo muchas cicatrices como recordatorio de ese sacrificio —confesó clavando su mirada en sus zapatos, demasiado grandes al lado de los de Cataline.

—¿Me las vas a mostrar? —preguntó ella dejándolo perplejo.

Eso hizo que volviera a mirarla, y su tranquilidad lo sorprendió aún más.

—¿Te gustaría verlas?

—Solo si deseas mostrarlas. Es a eso a lo que te refieres con que podría aterrarme, ¿verdad? —continuó ella dejándolo estupefacto.

—¿Lo dices en serio, Cataline? —inquirió escrutándola con su mirada, al tiempo que la ansiedad por poseerla crecía en su interior.

—Sí —respondió, anonadándolo.

Capítulo 23

Por dentro, Cataline agradeció que su tía le hubiera mencionado, aunque de forma astuta, alguna posible deficiencia que padecía el conde. Cuando comenzó a atisbar que esto tenía que ver con las experiencias que había sufrido en su pasado, se sintió tranquila. Si bien casi la había espantado al cargarla y meterla en la habitación, en el momento en que se sentaron a hablar, sus ánimos, aunque un poco exacerbados, empezaron a serenarse, hasta llegar a sentir que conversaban en completa calma, a pesar de estar en la víspera de su primera noche juntos.

Incluso poco a poco comenzó a olvidar que debía dirigirse a él con respeto, aunque él le pidiera que hiciera lo contrario. No obstante, una extraña excitación recorría su cuerpo cada vez que su voz grave y varonil pronunciaba su nombre, creando en ella nuevas y desconocidas sensaciones.

Por eso le había respondido que *sí*, y no se arrepentía de ello. Deseaba descubrirlo tanto como él anhelaba hacerlo con ella. No era una mera suposición; lo percibía en la expresión de deseo ardiente con la que la miraba. Tanto que el sobretodo que llevaba puesto parecía hacerla sudar el doble, por lo que decidió deshacerse de él,

mientras la mirada sorprendida de Zacharias se posaba en sus grandes zapatos.

—¿Estás segura? —repitió él, interesado.

Cataline se sintió más cómoda una vez despojada del pesado saco.

—Dijiste que, si me aterraba, podría irme corriendo —adujo provocándole una risa mientras abrazaba la prenda contra su estómago.

—Sí, pero me odiaría si hicieras eso —respondió él con voz desanimada, girándose para mirarla.

Ella curvó sus labios con una sonrisa.

—Deberíamos comprobarlo, milord —pronunció observando en su expresión una mezcla de sorpresa y felicidad que hizo entreabrir los labios de Zacharias.

—Está bien, ya estás avisada —continuó él comenzando a deshacer el lazo que ataba su camisa.

Cataline no perdió detalle del movimiento de sus dedos, y cómo, al desatar el lacillo, este iba descubriendo la piel que se ocultaba debajo. Se removió un poco al notar que estaba retorciendo con fuerza sus muslos desnudos. Sin embargo, lo que parecía ser un exceso de manchas en su piel pronto reveló una gran cicatriz, que Zacharias mostró tras soltar todo el lazo, dejando al descubierto todo su torso desnudo.

Se sintió abrumada ante la visión monumental de su cuerpo, tanto que ni siquiera reparó en los surcos de piel arrugada en sus costados, hombros y parte media de sus brazos. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, intimidada por su desnudez, tanto que la hicieron tragar en seco. Sin embargo, eso no la amilanó. La curiosidad la impulsó, ya que ni siquiera un gallo desplumado se vería así.

Extendió su mano para tocar con la yema de su pequeño y delgado dedo índice, un poco de esa piel. Luego se sobresaltó, deteniéndose en seco por lo que estaba a punto de hacer.

—Hazlo, tócala —dijo él agarrando su mano en el aire, aún con el dedo extendido.

Lo miró, titubeante.

—Yo... —Se detuvo, buscando las palabras.

—Adelante, toca cuanto desees, pero debo parecerte horroroso —adujo él liberando su mano en el mismo lugar.

Ella suspiró, tomando aire y valor.

—De ningún modo.

Él pareció entender su determinación, pues guió su dedo hacia la áspera piel, saciando su curiosidad por saber cómo se sentía y si todavía le causaba dolor.

—Ya no duele; hace mucho tiempo que sanó —dijo él sorprendiendo a Cataline al parecer leyendo su pensamiento.

O, quizás, intuyó su miedo por la forma en que ella lo presionaba, como si no quisiera causarle malestar. Después de mirarlo, no solo acercó su dedo, sino su mano, recorriendo los surcos marcados en la piel. Eso le recordó una pista de caballos. Su padre la había llevado a una cuando era pequeña; él no solía apostar a las carreras, pero sí disfrutaba verlas, y la había llevado a presenciar una con él. Ese día, la imagen que quedó grabada en su mente fue la de los huecos que quedaban en la tierra rojiza de la pista. No parecía haber relación, pero la comparación le causó gracia, al imaginar que a Zacharias le habrían pasado por encima mil caballos.

—¿Qué es gracioso? —le preguntó él frunciendo el ceño.

—Nada —respondió ella ocultando su risa.

—¿En serio?

—Sí —reafirmó sonriendo mientras su mano continuaba plantada

sobre su piel.

Entonces sintió cómo la mano grande y fuerte de Zacharias se posó sobre la suya, arropándola por completo y presionándola contra su piel mientras se inclinaba para besarla. Sus ojos se abrieron en lugar de cerrarse cuando sintió sus labios tocando los suyos, tanto que se encogió. Pero mientras trataba de asimilar lo que ocurría, él continuaba buscándola, lamiéndola, sonsacándola, hasta que se detuvo, mirándola con agitación.

—En serio, odiaría que te fueras corriendo —susurró él.

Cataline sintió que era el momento de asumir su papel; sin embargo, a pesar de sus palabras, no lo sentía como una obligación.

—No me iré, Za... Zacharias —respondió, algo trémula, comenzando a sentirse sobrepasada por la agitación que crecía poco a poco en su interior, tanto que la impulsaron a pronunciar su nombre.

—Yo tampoco dejaré que te vayas —declaró, sonriéndole, y luego de soltar su mano, agarró sus mejillas y presionó con fuerza sus labios sobre los de ella, sin separarlos hasta que ella comprendió lo que estaba haciendo y entreabrió los suyos.

Se estremeció, como una hoja frágil y seca, abrumada por la intensidad de Zacharias, quien, luego de conquistar sus labios, le hizo sentir su lengua hurgando lentamente en el interior de su boca, dejándola sin aliento.

Capítulo 24

Cataline despertó. La luz de la lámpara que aún estaba encendida sobre la mesa le hacía difícil discernir si era temprano en la mañana o si ya era tarde. La habitación permanecía tan oscura como si fuera de noche, pues el grueso cortinaje que cubría las ventanas aún estaba echado. Al incorporarse de un salto, se sintió azorada al recordar dónde se había quedado dormida y como.

Arrimó la colcha gruesa y, a pesar de estar completamente vestida con su larga bata, la usó para cubrirse. En ese instante, la puerta se abrió para su sorpresa y Zacharias entró. Traía una bandeja con comida en las manos y una bonita flor que parecía haber sido recién cortada, adornando una linda botellita. La colocó en la cama, y ella lo miró aún con una expresión de espanto.

—Buenos días, Cataline —dijo él mientras abría las cortinas—. Espero que no te moleste que sea yo quien te traiga el desayuno; solo quería evitar que te sintieras abrumada por la presencia de alguien más —añadió sentándose en la cama junto a la mesita y apagando la llama de la lámpara con un soplido.

Sin embargo, ella se percató de que aún era de mañana, aunque quizás no tan temprano. Miró la rosa y la acercó a su nariz.

—Anoche… —pronunció deteniéndose por un momento.

—No pasó nada —continuó él, lo que la hizo ruborizar.

—No… me refería a eso.

—¿Entonces? —preguntó tomando el vaso con jugo de naranja, extendiéndoselo como si se hubiera propuesto incomodarla.

Ella lo tomó en sus manos.

—Nada —dijo dando un sorbo mientras lo veía mofarse de ella.

Él se puso en pie.

—Come con tranquilidad; ya he ordenado que más tarde venga tu doncella a ayudarte —comentó antes de dirigirse a la puerta.

Ella lo observó, dando un sorbo.

—Anoche nos besamos. Eso era lo que iba a decir, porque todavía estoy muy avergonzada —habló apretando el vaso con fuerza tras beber.

Zacharias apenas había posado su mano en la manija de la puerta cuando ella se animó a decírselo. Por un instante, pareció sorprendido, y luego relajó su expresión.

—¿Te pareció horrible? —Ella negó varias veces con la cabeza, abriendo sus grandes ojos; él sonrió—. Me alegra saber eso, Cataline —añadió.

Después se marchó, y fue en ese momento cuando ella se dio cuenta de que su corazón latía con fuerza en su pecho. Se echó a reír, pues nada resultaba tan trágico como había augurado, aunque quizás ese fatalista pensamiento se debía a la sorpresa que le había dejado su padre, sobre todo, en la condición para aceptarlo. Concebir un *heredero*.

Su estómago gruñó, protestando y se alegró de que él ya no estuviera por allí, por lo que después de agarrar la rosa y aspirar su fresco aroma, la dejó en su lugar y comenzó a comer. Al poco tiempo, Celine tocó la puerta anunciando su llegada, lo que la

animó. No quería que pensaran que, tras convertirse en la señora de la casa, se volvería una holgazana. Todavía había asistentes a la boda hospedados en la casa de invitados, a los que debía despedir de forma adecuada.

La muchacha la ayudó a prepararse, y esta vez se decidió a usar uno de los nuevos vestidos que le había hecho comprar su tía Clara cuando estaban en Helmsley.

—Se ve estupenda, milady —exclamó la chica. Ella arrugó el ceño —. Lo siento, lady Whitbey me recomendó que no debería mostrarme demasiado cercana a usted.

—Debió decírtelo con mala intención. Ella sigue resentida porque prefiero tenerte a mi lado.

—Lo sé, pero en el fondo tiene razón, usted ya no es mi señorita, porque se ha convertido en la condesa de este lugar, y eso no puedo ignorarlo, por mucho que me aprecie.

—Ay, Celine —se lamentó.

—Pero no es tan malo; además, las personas aquí son muy buenas y no dudo de que se gane a todos.

—Eso espero de verdad —dijo sintiendo el anhelo en sus propias palabras.

Tal vez su empeño se debía a Zacharias y su trato amable, que le impedía odiarlo, como había pensado que sucedería cuando comenzó todo.

—Lord Zacharias ordenó que preparemos su equipaje; mañana por la tarde saldrán de viaje a Londres —le informó dejándola sorprendida.

Sabía que había planeado un viaje de bodas, aunque no pensó que lo realizarían tan pronto.

—Entonces también debes preparar el tuyo.

—¿Estás segura de que quiere que la acompañe?

—¿Todavía dudas de que no quiero la compañía de tía Clara? —porfió riñéndola un poco.

—No, mi señora, es solo que…

—¿Te preocupa alejarte del señor Pool? —le preguntó, molestándola.

—¡Tampoco es eso! —exclamó, lo que la hizo reír más.

—No sabía que te interesara tanto el secretario de Zacharias —añadió con socarronería.

Entonces vio cómo la chiquilla, a quien le llevaba cinco años, se sonrojaba por primera vez, visiblemente avergonzada.

—Debe estar feliz riéndose de mí —emitió la chica comenzando a recoger la bandeja.

—Un poco, pero necesito saber si es cierto.

—¿Para seguir divirtiéndose a mi costa?

—¡Por supuesto que no! Aunque no pensé que fuera cierto que te interesara el señor Pool. Tengo entendido que es un hombre soltero, pero no quisiera que te ilusionaras en vano.

—No lo hago, de verdad —replicó la chica.

—¿Entonces? Tu madre se molestaría mucho conmigo si se dicen cosas malas de ti.

—No pasa nada, milady. El señor Pool solo es amable conmigo y suelo verlo a veces cuando visita el despacho de su gracia.

—¿Y qué te parece?

—Nada especial —respondió encogiendo los hombros.

Cataline dedujo que era más que eso; sin embargo, se prometió no agobiarla más, porque hacía unos meses ella también había estado en ese mismo lugar, sin poder aspirar a nadie y esperando que alguien se compadeciera de su desesperación. No obstante, la muerte de su padre obró ese milagro, y solo le quedaba ver cuánto duraría.

Capítulo 25

Como se lo contó Celine en la mañana, el viaje de bodas estaba planeado para el día siguiente. Tras despedir a los pocos invitados que aún se hospedaban en la propiedad —que no incluían a la familia paterna del conde—, toda la atención se centró en la preparación. A Cataline le sorprendió un poco la premura, pero luego se sintió agradecida, porque, aunque Zacharias había sido condescendiente al enseñarle solamente cómo se daban los besos, era consciente de que aún debía cumplir con su obligación.

Se encontraba en esas cavilaciones cuando el recuerdo de su segunda noche juntos invadió su mente. Él se había quitado de nuevo la camisa y ella había acariciado aquella piel rugosa, que no le desagradaba en absoluto. A pesar de que bajo su bata sentía que se quemaba por algo más que besos, no se atrevió a manifestarlo, y él tampoco procedió más allá de agarrar sus mejillas y acariciar su cuello y sus brazos, como si con ello tuviera suficiente, mientras ella comenzaba a desear más.

—Tal como lo pediste, me voy —le dijo lady Whitbey cuando fue a buscarla en el cuarto de costuras.

Pasaba la tarde allí junto a Celine, tratando de calmar los funestos

pensamientos que le había suscitado el viaje. Incluso llegó a pensar que tal vez era ella quien no le resultaba tan agradable. Sacudió la cabeza para salir de esa cavilación y miró a su tía, vestida con majestuosa elegancia.

—Podría dirigirse a Faith Hills si lo desea —arguyó ella, descomponiéndole el semblante.

—Milady, conoce mi situación; no debería jugar con mis sentimientos. Podría acompañarla a la capital si así lo desea.

—Tía Clara —interrumpió, cortándole la retahíla —. Su gracia ha sido muy generoso y hará que su estancia en la finca Pendleton sea lo más agradable posible para usted hasta que decida resolver su conflicto con lord Whitbey —añadió.

—Siendo así, será mejor que me vaya. No me queda más que desear que esta luna de miel sea muy provechosa para ti. Espero verte pronto, querida.

—¿Tía? —llamó su atención cuando esta se disponía a salir.

—¿Alguna recomendación para la cocinera? —le preguntó con cierto aire de desdén.

—Sí, es la señora Cock quién tiene recomendaciones para usted.

—¿A qué te refieres, sobrina?

—Mi padre fue muy claro con sus disposiciones; la persona a cargo de la finca no es usted, sino la señora Cock.

—Debes estar bromeando, querida; acaso pretendes que me ponga al servicio de la cocinera. ¡Eso es impensable! —rezongó.

—Siempre puede volver a su casa —le recordó haciéndola reflexionar.

—¡Bien! No me quedan dudas de que solo intentas vengarte en nombre de tu padre.

—De ningún modo; solo le devuelvo la amabilidad que tuvo con nosotros en la única visita que hicimos a su propiedad.

Cataline no quiso seguir hablando, pero en ese momento ella solo tenía diez años, y su tía ni siquiera les dejó entrar en la casa principal, porque, según ella, los avergonzaría frente a su marido. Lo recordaba muy bien, y le pareció que lady Whitbey también, porque, luego de parecer enojada, se echó a reír con un deje de nervios en sus convulsionados movimientos.

—Supongo que me lo merezco —emitió—. De acuerdo, y solo espero no verte en mí misma situación —añadió dándole la espalda para salir de allí.

Ni Cataline ni su doncella rieron cuando se quedaron a solas, porque a pesar de todo lo que había dicho y lo mal que tal vez hacía sentir a su tía, no era mentira que podría estar en su mismo lugar si sus suposiciones sobre la falta de deseo de Zacharias hacia ella eran ciertas.

Después de la partida de lady Whitbey y el señor John, y en vísperas del viaje, recibieron la visita del tío de Zacharias. Él no se encontraba, y como era familia, lo recibió con cordialidad junto al padre Félix, quien se uniría al viaje, pero se separaría de ellos para regresar a su capilla en Brotton Avery.

Luego de que celebrara la ceremonia, no había tenido más interacción con él, por lo que no sabía si aún le tenía recelos o si ya los había dejado atrás. Sin embargo, Félix parecía mantener la misma indisposición que Zacharias hacia ellos. Tanto que, después de saludarlos al recibirlos, permaneció en silencio escuchando junto a ella la retahíla de Harry, hablando muy zalamero de lo bien que se llevó con los padres del conde cuando estos aún vivían.

—Pero todo eso fue antes de que ocurriera lo del incendio, ¿o no, Harry? —intervino Félix, tal vez cansado de escuchar viejas historias.

Zacharias le había confesado en su segunda noche que la persona que lo acompañó durante toda su recuperación fue su tío Félix,

porque su tío Harry había manifestado que estaba demasiado ocupado para hacerse cargo de un moribundo. Esto la ayudó a entender un poco la inquina que le tenía su sobrino y el cariño que sentía hacia el cura, dándole muchas razones para que comenzara a apreciarlo también. Aunque ese no era su problema, porque por su parte, era lo que deseaba.

—Por supuesto —admitió Harry muy ufano—. Fue una pena, y lamenté mucho no haber podido estar al lado de Zachary.

—La misericordia de Dios es grande, Harry, y como ves, él ya no necesita tu ayuda —repuso Félix.

—Supongo que sí —adujo el hombre, a quien ella miraba con impaciencia como si no pudiera esperar a que se marchara junto a su familia.

A las cuatro de la tarde, finalmente, manifestaron que debían marcharse, pero la señora Balfour pidió hablar a solas con ella. Aceptó ya que no pudo negarse, y, además, no le gustaba esa mujer, pues estaba claro que había sido ella quien le había transmitido a su tía esas confidencias malintencionadas sobre Zacharias. En el fondo quería saber qué era lo que deseaba, aunque era evidente que no era agradarle a ella.

—Lucía usted hermosa el día de su boda, milady —habló la mujer.

—Gracias, señora Balfour.

—Me excuso por esta impertinencia, pero tengo un motivo para hacerlo.

—¿Usted o su esposo?

—Ambos, por supuesto, pero Zachary se enojaría si mi marido se atreviera a buscarla en privado. Tampoco se vería bien para usted que la buscara mi hijo —insinuó algo taimada la mujer.

—¿Por qué? Es su familia —inquirió comenzando a irritarse.

—No lo entendería, pero ya habrá notado que él nos odia, y es

una pena porque lo queremos mucho.

—Permítame dudar de eso, señora Balfour —arguyó Cataline haciéndola lucir espantada.

—¿Por qué dice eso?

—¿Y por qué debería creerle a alguien que no se expresa bien de su sobrino?

—¿A qué se refiere?

—Sé que seguramente pensó que tía Clara estaría aquí para seguir llenándole la cabeza con malos comentarios acerca de Zacharias, pero se ha ido, así que, ¿por qué no me lo dice directamente? No tiene que usar intermediarios.

—¿De qué habla, milady? Nunca he hecho ese tipo de cosas.

Cataline suspiró profundamente.

—Sea lo que sea que busquen, pídanlo a lord Balfour. Él es quien puede concederles lo que desean, no yo.

—Vaya, me pregunto si en serio cree que tiene todo su favor —expulsó la mujer como si hubiera dejado caer la máscara de falsa amabilidad que había mostrado al principio.

—Solo me he convertido en su esposa y no busco más favor que ello.

—¿En serio? Solo es la hija de un hombre en quiebra, de la cual solo se aprovechará porque ahí donde lo ve, por dentro es un monstruo. Debió haberlo descubierto, ¿no?

Cataline se espantó ante esa imagen de víbora. Por dentro, pensó que su tía era una mansa paloma al lado de ella. La puerta de la biblioteca, adonde habían ido a hablar, se abrió, pero quien entró no fue Félix ni Zacharias, sino su primo Roland.

—¿Qué hace él aquí?

—¿No lo dijiste? Somos familia —arguyó la mujer, recordándole lo que ella había dicho sin tanta mala intención—. Pero, ¿qué crees que

pensará Zachary si te encuentra en malas actitudes a solo días de casados? —añadió al tiempo que el hombre se acercaba a ella.

Su mirada morbosa la sobrecogió llenándola de temor.

—Después de todo, el primo tiene buen gusto —dijo Roland riéndose con sarcasmo.

Cataline retrocedió al ver que él avanzaba cada vez más hacia ella mientras su madre solo se jactaba. Entonces, vio un perchero de sombreros y, antes de que él pudiera intentar algo, lo agarró y, alzándolo con sus manos, lo golpeó con toda su fuerza en la cabeza, dejándolo tendido en el suelo.

El grito que lanzó la señora Balfour fue suficiente para que Harry y el padre Félix entraran apresuradamente, seguido de un Zacharias bastante agitado, como si acabara de llegar de correr una maratón.

Capítulo 26

Lo ocurrido en la biblioteca aún mantenía en estado de zozobra a Cataline. Jamás pensó que esa mujer, y no dudaba que, en complicidad con su tío, fraguara ese bochornoso asalto contra ella. La rápida reacción de su defensa consistió en que no podía permitir que la humillaran a ella, y menos aún a Zacharias.

Con esa bajeza solo lograron que dejara de prodigarles la poca empatía que aún les tenía; tampoco volvería a preguntarse cuáles eran los motivos por los que él los despreciaba. De todos modos, ese suceso solo hizo que Zacharias los echara de allí y les prohibiera la entrada de manera permanente.

Cataline se estremeció solo de pensar que ese horrible hombre, Roland, llegara a tocarla.

—¿Todavía piensas en ello? —le preguntó Zacharias.

Ambos iban en el carruaje, mientras Celine y el padre Félix se encontraban en el otro. Ella cavilaba en sus pensamientos y él parecía contemplarla con diversión, porque al final, el golpe en la cabeza a Roland había sido tan fuerte que casi lo dieron por muerto, debido a que duró un poco de tiempo en volver en sí y reconocer en donde se encontraba.

Fue por esa razón que el conde, lejos de enojarse, se mostró orgulloso de ella. Por el contrario, Cataline sentía que la encerrarían en la cárcel por asesinar a un hombre.

—No es algo que pueda olvidar. Tu tía es una bruja —masculló enojada.

—Coincido contigo.

—Y yo que pensaba que tía Clara era terrible.

—Es pendenciera, pero comparada con Ethel Balfour, es un ángel —expresó él—. Ella es la razón por la que mi tío es ambicioso, y mi primo es una mezcla de los dos. Por eso, si lo hubieses asesinado, habría estado feliz —añadió entusiasmado.

—¡No digas eso!

—Tampoco iba a dejar que te encarcelaran; y solo recibirían lo que sembraron.

—¿Es cierto que te abandonaron después del incendio? —preguntó con franqueza.

—Sí, por eso mi vida se la debo a mis padres y al tío Félix, aunque si fuera por él, me habría hecho también cura.

—¿Eso es cierto? —le preguntó atolondrada, imaginándolo sin demora con sotana.

Ella sacudió la cabeza cuando él la miró con extrañeza.

—Sí, pero te aseguro que no es mi vocación. Además, de nuevo estoy en deuda con él porque fue quien me envió el aviso de la llegada de esos indeseables. Me alegra que no te hayas dejado intimidar por ese bribón. Y no me molestaré contigo si terminas golpeándolo mil veces más en su cabezota.

Cataline sonrió, más calmada. Le alegraba que Zacharias no se hiciera ideas erróneas sobre lo que había sucedido, porque esa era la intención de su odiosa tía.

—Pero, al fin y al cabo, son tu familia.

—Por desgracia, sí. Sin embargo, si logro confirmar que tío Harry estuvo detrás del accidente del fuego, conseguiré anular las disposiciones que mi padre puso en su testamento a su favor.

Esa revelación hizo que ella se espantara aún más con respecto a ello.

—¿Ellos?

—Sí, también parece que son los culpables, por desgracia —repitió.

Después de eso, Zacharias detuvo el carruaje, al igual que el otro, y luego de hacer subir a Celine para que la acompañara, se puso a cabalgar junto a su tío. Eso la sorprendió, quien comenzó a hacerse nuevas y desastrosas ideas sobre lo que había sucedido con esa familia.

Si bien él parecía complacido con su actuación, algo le decía que quizás contemplaba la posibilidad de que su tía tuviera éxito con su plan malvado, que consistía en avergonzarla para tomar ventaja de la situación y obligarlo a cumplir sus demandas. Pero ella jamás se dejaría tocar por nadie que no fuera Zacharias, y era algo que empezaba a tener muy claro en su mente y su *corazón*.

—¿Le preocupa algo, mi señora? —preguntó algo tímida Celine.

Sabía que ella se sentía mal por no haber estado en la biblioteca para defenderla; no obstante, fue la persona que Félix envió a buscar al conde al inicio de la llegada de esos personajes.

—No, estoy bien, no te preocupes.

—Siento haberla dejado sola.

—Tranquila, si no hubieses ido a buscar a Zacharias, ni siquiera sé cómo habría terminado todo. Pero debiste recibir ayuda del señor Pool para que te dejaran entrar en su oficina —añadió Cataline.

—Así es, apenas me vio llegar me llevó con él —respondió con algo más de emoción.

Con eso, Cataline dejó de pensar que el gusto de su doncella por el joven secretario era demasiado grande para ser solo una simple ilusión, y solo deseó que, si era posible, él la correspondiera y no le estuviera creando falsas expectativas. Por ese motivo, se encomendó la tarea de hablarlo con Zacharias.

Después de eso, ambas bostezaron al unísono. La noche había caído y Cataline se dedicó a observar lo hermoso que se veía el agua del río Humber bajo el brillo de la luna, que ya se asomaba cuando el carruaje atravesó el puente de Humber Bridge.

Capítulo 27

El padre Félix los acompañó hasta el camino de Southorpe y allí se despidió, llevándose su carruaje rumbo a York desde donde se dirigiría a su destino final, Botton Avery, mientras ellos prosiguieron su viaje a Londres. Celine viajó el resto del recorrido con ella, y Zacharias cabalgó a su lado. Aunque la compañía de su doncella le hacía bien, deseaba poder hablar un poco más con él, pues esa situación solo alimentaba sus malas ideas y la llenaba de zozobra.

Pensaba que tal vez ya no le resultaba tan atractiva, y recordaba lo que él había sugerido: que quizás se conformaba con poco, lo cual pensaba que era todo lo contrario a lo que había deseado.

En ese sentido, las palabras de la señora Balfour no dejaban de martillarle la cabeza al rememorar la situación que vivieron ella y su padre. En ese punto, no dudaba de que su tía Clara se había ido de lengua, contándole a quien no debía todo su aciago prontuario del pasado.

Cuatro días después, llegaron a la capital, Londres, y a pesar de sus contrariedades, eso no evitó que se sintiera maravillada de estar en una ciudad tan grande. Ni siquiera Dorhan se le asemejaba. Había escuchado tanto de la que se perfilaba como una gran

metrópolis de boca de su padre, que cuando al fin tuvo la suerte de visitarla, pensó que se había quedado corto en sus descripciones, por lo que se emocionó al ver la gran estación de tren de Charing Cross.

Para entonces, cuando solo quedaban algunos kilómetros para llegar a su destino, él le prometió que el viaje de regreso lo harían por allí. Posteriormente, el carruaje se detuvo frente a una enorme y hermosa casa que no tenía nada que envidiar a la mansión Balfour. No era tan grande, pero sí de aspecto sobrio y señorial. Todos los empleados de la casa, dirigidos por el señor Bale, el mayordomo, y la señora Austen, la ama de llaves, estaban apostados afuera para recibirlos. Zacharias las dejó en manos de ambos mientras se excusaba para atender algún asunto en el parlamento, del que ella no tenía ni idea. Aceptó la ayuda con gratitud; estaba agotada del viaje, y tanto ella como Celine necesitaban descansar en una cama de verdad.

Los lugares donde se había detenido durante el camino no eran incómodos, pero solo servían para pernoctar, tomar un descanso y seguir, así que sentirse en casa, aunque no fuera suya, le brindaba tranquilidad. Tras un largo y tibio baño que le ayudó a quitarse el cansancio y la suciedad del viaje, quería esmerarse en verse bien, pero eso solo la sumió en un profundo sueño. Cuando sintió que Zacharias había regresado, ya había caído la noche, lo que le causó cierta vergüenza.

—¿Milord? —exclamó, espantada.

—No te preocupes, sigue descansando —dijo él acercándose al sillón y sentándose con unos papeles en la mano.

—De ningún modo —repuso ella pestañeando varias veces para quitarse la somnolencia.

Él se rio de ella, pero verlo así, con la camisa desabrochada y el

cabello desaliñado, le recordó que aún no se había aseado.

—Deberías tomar un baño —le propuso sintiendo que eso lo diría una esposa.

Nunca tuvo la oportunidad de ver a su madre hacer algo como eso, y menos lo podría decir de su tía, por lo que solo trataba de improvisar y esperaba hacerlo bien.

—Lo haré después de la cena —le dijo, desestimándola.

—¿Qué es tan importante? —le preguntó caminando hasta ponerse frente a él.

No lo hacía porque quisiera parecer provocativa; solo tenía curiosidad por saber si en realidad ya no le llamaba la atención. Aquella sería la tercera noche que pasaban en la misma habitación tras la boda y también la prueba de que no había habido ninguna consumación.

Zacharias alzó la mirada.

—Tienes razón —dijo tomando su brazo con suavidad.

Luego se puso de pie y, tras besar su frente de una forma paternal haciéndola sentir como una niña ingenua, se dirigió a tocar la campana para pedir que vinieran a prepararle el baño. Ella quiso decirle que podía hacerlo, pero no le dio tiempo, ya que los sirvientes llegaron sin demora.

Esa primera noche en la capital, cenaron los tres juntos y, luego, mientras ella se fue a la habitación y se durmió esperándolo, él permaneció en su estudio revisando nuevamente los documentos que había traído.

A la mañana siguiente, Zacharias salió muy temprano. Como se había anunciado la llegada del conde Balfour, llegó la primera invitación a una fiesta. Cataline no sabía cómo vestirse, por lo que pidió consejo a la señora Austen, de quien Zacharias le había mencionado que ella la ayudaría con cualquier cosa que necesitara,

y esta, de forma muy amable, la guio. Sin embargo, fue solo cuando él vino a recogerla para asistir al baile que se fijó en que la invitación provenía de la casa Jones. Tras darle muchas vueltas al apellido, recordó que lo había mencionado el tío de Zacharias, Harry.

Enterarse de ello le produjo un leve desasosiego, pues, sin desearlo, tendría que conocer a esa señorita que tal vez había tenido algo que ver con Zacharias. Quería preguntarle qué significaba para él, pero sintió que no tenía razones para hacerlo, ya que su mente estaba llena de suposiciones. Entonces se dio cuenta de que, desde que habían llegado, solo se había pasado saliendo y entrando de la casa, y ella no sabía ni siquiera para qué.

Zacharias llegó a las ocho para recogerlas a ella y a Celine. Deseaba preguntarle muchas cosas, pero se contuvo; tampoco quería que su doncella se diera cuenta de lo paranoica que estaba con sus pensamientos revoltosos. Sin embargo, el conde parecía estar feliz en ese momento.

Por dentro, pensó que a lo mejor era porque se iba a encontrar con Lady Emma Jones, y ese solo ínfimo, pero peligroso pensamiento, la ofuscó.

Capítulo 28

Zacharias no recordaba haber estado antes en la casa Jones, pero tras hacer memoria, dedujo que se debía a que era muy pequeño cuando la visitó en alguna ocasión. Sin embargo, eso no le sirvió para recordar la imagen de los anfitriones, ni por supuesto, la de su hija.

Emma Jones.

Apenas la vio, recordó una visión lejana del pasado en la que jugaban juntos. Sonrió, porque en ese entonces solo eran unos niños, y la persona que venía a saludarlo se había convertido en toda una mujer. No obstante, y a pesar del atractivo que Emma había conservado, no le resultaba tan hermosa como su dulce Cataline, con quien se había estado conteniendo. Sin embargo, no le faltaban ganas de lanzarse sobre ella cuando la veía con su larga bata.

No es que la prenda en sí resultara demasiado atractiva; parecía cubrirla del cuello hasta los pies, pero lo que realmente le suscitaba era el deseo de imaginar quitársela y desnudarla. Llevaba fantaseando con ello desde la última noche que durmieron juntos. La razón de su contención se debía a que estaba preparando una

sorpresa para ella, porque él estaba dispuesto a darle todo, y lo que ocurrió con su primo solo lo había confirmado.

Sin embargo, en los últimos dos días había notado a Cataline ansiosa, e imaginó que tal vez tenía pesadillas sobre lo que había ocurrido, y no quería abrumarla. Aun así, ni él mismo contaba con que pudiera aguantar y no terminar haciéndole trizas la prenda, como un animal depredador en celo.

Él intentó tomar a Cataline del brazo cuando Emma se acercó, pero Emma se lo impidió colocándose entre los dos para saludarlo con demasiada confianza.

—Zach, seguro que no te has olvidado de mí —le dijo la muchacha sonriéndole.

—Supongo que se debe a que no te veía desde que éramos niños, milady.

A Emma al parecer le resultaron graciosas sus palabras, provocándole una risa. Estaba a punto de volver a hablar, pero él la detuvo tomando la mano de Cataline para que la viera, ya que tuvo la impresión de que la ignoraba a propósito. Ese gesto le desagradó porque la invitación a la fiesta no era solo para él, sino que también incluía a su esposa. Sin embargo, no pudo corregir su error, pues detrás de Emma llegaron sus padres con otras personas que deseaban saludarlo. Internamente se preguntó si a ellos les había llegado la noticia de su casamiento o la de su visita después de muchos años a la capital.

Después de conseguir deshacerse de los obligados saludos, volvió a buscar a Cataline, pero no la vio por ningún lado, tampoco a Celine, su acompañante.

—¿A dónde vas? Adivina quién te quiere saludar —dijo Emma apoderándose de su brazo.

—Espere un momento, lady Jones —respondió haciendo que ella

se detuviera.

—¿Qué sucede? Y llámame, Emma, como en los viejos tiempos.

—Estoy seguro de que querías decir "antiquísimos" —replicó él.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Qué sucede, Zach?

—¿Olvidaste que no he venido solo? —preguntó él, y ella se rio.

—No veo a nadie a tu lado.

—Detente un poco, ¿dónde está Cataline?

—¿Así se llama esa chica?

—No es una simple chica, es Cataline Balfour, mi esposa.

—Sé quién es, o al menos eso creo. Pero, ¿por qué casarte con una mujer así?

—¿Así como? —replicó él sorprendido por la pregunta.

Se sentía como un tonto, y odiando el giro de los acontecimientos. Se suponía que había venido a Londres para pasar su luna de miel con su esposa, no para avergonzarla en una fiesta. Esa conclusión lo enojó.

—Querida, ¿por qué retienes a Lord Zacharias? Lo estamos esperando —dijo la madre de Emma mirándolos.

—Necesito encontrar a mi esposa —masculló Zacharias enojado consigo mismo por haberse dejado manipular; sin embargo, cuando comenzó a buscarla, después de dejar a Emma con su madre y sus intenciones poco agradables, siguió sin poder encontrarla.

—Parece que se ha ido —afirmó Emma—. ¿Es esa la clase de esposa que buscas? —añadió con engreimiento.

Zacharias suspiró profundamente antes de contestar con un rotundo "sí". Abandonó la farsa de la fiesta y se dirigió al jardín, donde por fin las encontró a las dos agazapadas.

—¿Cataline?

Ella levantó la mirada; sin embargo, solo vio decepción en sus

ojos. Miró a su acompañante, quien lo observó con resignación.

—Confundieron a milady con una sirviente y le pidieron que ayudara en la cocina para servir los platos, así que solo huyó de allí —informó la chica.

Él asintió indicando que lo entendía todo y luego le pidió que fuera a buscar el carruaje. Ella se marchó de inmediato.

—¿Puedes venir conmigo? —le preguntó. Ella, aún agazapada, negó con la cabeza sin volver a mirarlo—. Por favor, Cataline —le rogó.

—No quiero si solo van a humillarme de nuevo.

—Nadie va a volver a hacerlo —le prometió, aunque por la dura expresión en su rostro quizás no le creyó.

—¿Lo dice el caballero que se fue sin mirar atrás con esa señorita y me dejó sola? —inquirió ella demostrándole su punto.

Él notó el temblor en su voz, así como el deje de rabia. Zacharias entendió que no se movería de allí, pero lejos de molestarle, le hizo gracia su terquedad. Así que se acercó a donde estaba, tomándola del brazo y cargándola de nuevo.

—¡Zacharias! —exclamó mirándolo con una mezcla de sorpresa y furia.

—Ya nos vamos de aquí, así que no tengo más remedio que cargarte —dijo y así lo hizo, llevándola en brazos hasta donde Celine había hecho traer el carruaje, como él le había ordenado.

Capítulo 29

A diferencia de otras veces en las que la había sobresaltado al levantarla en sus brazos, esta vez se sintió feliz. Después de la confusión, como la llamaron los anfitriones de la fiesta, y tras ofrecerles una disculpa para proteger a su hija Emma, a ella no le quedaron más ganas de quedarse allí, observando cómo era menospreciada.

Por un momento, pensó en marcharse lejos, sin saber a dónde, pero luego solo se quedó allí, escondida entre las plantas y flores del jardín. Hasta que apareció Zacharias, llevándosela en brazos. Sin embargo, aunque desde que llegaron a la casa y subieron a la habitación no dejó de pedirle perdón, ella no pudo concedérselo con tanta facilidad. Así que se metió en la cama y fingió dormir hasta que el sueño, el cansancio y la decepción al final la hicieron caer en un profundo letargo.

Al abrir los ojos, Zacharias estaba allí, arrodillado junto a ella, como si se hubiera pasado la noche únicamente observándola dormir. Se incorporó, espantada.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, atolondrada.

—Te advertí que no me movería de aquí hasta que me concedieras

tu perdón.

Ella suspiró hondo tras escuchar sus palabras, logrando calmarse un poco.

—¿Eso es importante para ti? —cuestionó.

—Más de lo que piensas, Cataline —respondió él.

Fue entonces cuando quiso conocer la respuesta a todas las preguntas que daban vueltas en su cabeza. En el fondo, no le molestaba que la humillaran, ya que se había habituado a los desplantes de los demás, o a que se burlaran de sus aspiraciones. Pero donde sí le dolía era que el causante fuera él. Sin embargo, era consciente de que no toda la culpa era suya.

—¿Puedo preguntarte algo, Zacharias?

—Lo que desees; contestaré lo que quieras, mi amor.

Que la llamara de esa forma le exaltó el corazón.

—¿Por qué has estado ignorándome estos días? —preguntó luego de calmarse un poco.

—¿Ignorarte? —preguntó él, como si no lo comprendiera.

—Cielos, ¿ni siquiera te has dado cuenta de ello?

—No es eso. —Él resopló las palabras—. Es solo que no lo he estado haciendo a propósito. Solo trataba de protegerte de mí.

—¿De ti? —inquirió ella, incrédula.

—Sí, de mí, de las ganas que tengo de tenerte. Sin embargo, hice lo posible por contenerme, porque antes quería demostrarte que lo que dije era cierto.

—¿A qué te refieres?

—¿Olvidaste que mencioné que luego entenderías lo que quería decir sobre conformarte con tan poco? —le recordó cada palabra.

Ella había creído que él no se acordaba de ello.

—No lo olvidé —admitió.

—Bien, esa es la razón por la que quizás he estado descuidándote

—repuso poniéndose de pie. Luego fue a buscar unos papeles que colocó en su mano—. Cuando conocí a tu padre, nunca tuve la intención de acercarme a ti, pero luego surgió la necesidad de casarme para tener un heredero que evitara que el tío Harry o su hijo Roland se quedaran con lo que era de mi padre. Entonces decidí que quería conocer a la muchacha de la que tanto me hablaba él y para la que buscaba reunir una dote que la hiciera atractiva.

—¿Mi padre te contó todo eso? —preguntó apenada.

—Para aclarar, ninguno de los dos estaba borracho —respondió él haciéndola sonrojar.

Sin embargo, admitió que su padre jamás bebía ni tenía otros vicios. Él se sentó a su lado en la cama y continuó hablando.

—Entonces le compré el pedazo de terreno que estaba ofreciendo, aunque solo como garantía, porque cuando su adorable hija se casara, recuperaría la tierra.

—Un momento —dijo ella volviéndose a mirarlo al encontrar una de sus respuestas—. ¿Tú eras el comprador? —lo increpó, casi echándose encima.

Zacharias asintió.

—Sí, eso es lo que estoy confesando, porque no me arrepentí de haberlo hecho en el momento en que te vi —añadió sacándole una sonrisita.

—No puedo creerlo, entonces eras tú el caballero que solía cabalgar por nuestro antiguo terreno.

—Así es, y lo hice porque era la única manera de comprobar si tu padre era un hablador. Pero debo admitir que jamás dijo una mentira, porque en verdad eres adorable, y lo que he estado haciendo todos estos días es devolverte esas tierras que te pertenecen. No soy tu padre, pero de alguna manera quiero cumplir su palabra —agregó.

A Cataline se le aguaron los ojos, no solo por el recuerdo de lo que su padre deseaba hacer, sino porque Zacharias se había comprometido a cumplirlo sin siquiera conocerla. Quizás intuía su desesperación, pero no tenía ninguna obligación de hacerlo. Sin pensarlo, se volvió hacia él y se lanzó a abrazarlo con fuerza, aferrándose a su cuello.

—¿Eso quiere decir que me perdonas? —le preguntó.

Ella asintió percibiendo el latido de su corazón contra su piel mientras la rodeaba con sus brazos, apretándola contra su pecho. Permanecieron así, lo suficiente para que sus corazones se sincronizaran, hasta que ella se alejó un poco para contemplar su rostro antes de inclinarse y besarlo.

Zacharias no tardó en responderle de una manera tan intensa y apasionada que aumentó la intensidad de lo que había comenzado como un casto beso y que dio paso a un irrefrenable deseo que ninguno de los dos pensó en detener en ningún momento.

Las manos de Zacharias recorrían su cuerpo, acariciándola sobre la suave bata y levantándola poco a poco hasta hallar su piel. Ella se sobresaltó con su toque, y él también al descubrirla desnuda, por lo que, agarrando la tela por los bordes, tiró de ella, despojándola de la bata por los brazos y la cabeza.

—Cataline —murmuró apreciando su desnudez.

Ella tragó con fuerza antes de sacarle la camisa de los pantalones y comenzar a quitárselos, hasta que ambos quedaron desnudos. Entonces, lo tumbó sobre las almohadas y se puso sobre él. Lo primero que hizo fue besar cada una de sus cicatrices, hasta que él pareció no poder aguantar más; empujándola, la llevó debajo de él.

—Si tienes dudas…

—No tengo ninguna —respondió sin demora, haciendo que Zacharias esbozara una gran sonrisa, antes de descender sobre ella,

haciéndola suya por primera vez, en una mañana que se haría tarde, y una tarde que se convertiría en noche, en una habitación que ninguno de los dos iba a abandonar hasta que el placer los dejara exhaustos.

Capítulo 30

Después de permanecer casi un mes en la capital, Zacharias se consideraba el hombre más feliz de la tierra. No solo por tener a una esposa hermosa, sino porque ella era todo lo que podía desear. Se ocupó, por ello, de saldar todos los incidentes que había tenido Cataline, asegurándose de que jamás volviera a verla triste o desolada.

Sin embargo, la luna de miel que se había alargado más de lo esperado debía llegar a su fin, y como se lo había prometido, regresarían en tren, al menos hasta York. Era de mañana y ambos se encontraban en la tina, disfrutando de un baño caliente en medio de un día frío. Cataline estaba recostada en su pecho mientras él le rociaba el agua en la espalda y le besaba los hombros.

—Ya es hora de salir del agua —le dijo. Ella, no obstante, se apretó aún más contra su pecho.

Eso lo hizo sonreír, volviendo a besarle los hombros desnudos y húmedos, jactándose de que no había espacio en su cuerpo que él no hubiera explorado, ni ninguna parte de él que ella no hubiera examinado. Todo esto hacía que la intimidad entre ellos careciera de tabúes.

—Mañana tenemos que regresar —le dijo besándole la sien.

Ella se alejó un poco para mirarlo.

—¿Y si nos quedamos así? —preguntó.

—¿Aquí?, ¿metidos en la tina y siempre desnudos? —replicó haciéndola negar con la cabeza ante su exageración.

—En Londres —le corrigió ella.

—Debemos regresar a Dorhan, pero puedes venir aquí cuando lo desees.

—No quiero venir sola, quiero hacerlo contigo.

—Entonces no te separes de mi lado —le indicó él.

—No lo haré —afirmó ella, sonriéndole, y moviéndose con picardía, para acomodarse, dejándole ver sus senos bonitos y redondos al ponerse a horcajadas sobre él, siendo ella quien lo tomó dentro de sí.

Que ella tomara la iniciativa lo convertía en un hombre feliz, uno que no se cambiaría por nadie.

***

Todo el tiempo que Zacharias había permanecido en la capital con Cataline no se debía solo a un capricho por permanecer más tiempo en la cama, sino también a la espera de la resolución que le otorgara la independencia que había solicitado ante el mismo regente.

Ya no lo hacía solo por ella; él mismo había desvirtuado ese propósito. Su único objetivo era romper los lazos que aún los unían con su familia y que nunca había pedido. Por lo tanto, después de dejar a su esposa reposando en la cama, acudió al llamado que se le hizo en el parlamento, donde, después de muchos años de espera, finalmente salió la resolución para borrar del testamento de su padre a los legatarios indeseados y asegurarse de que todas sus

posesiones pasaran a su poder.

Sabía que esto enojaría a su tío Harry, pero ya no estaba dispuesto a mantener a una familia de vividores. Cuando llegó a casa, Cataline lo esperaba vestida como si fuera a una fiesta, un hábito que había comenzado a adoptar cuando sus días y sus noches se volvieron ardientes y sudorosas; no obstante, su único invitado era él.

Epílogo

El viaje de regreso lo realizaron en tren, tal como le había prometido Zacharias a su llegada, y tanto ella como la joven Celine, quien había permanecido a su lado todo ese tiempo, parecían haber cumplido un gran sueño. Sin embargo, al regresar a la mansión Balfour, había llegado el momento en que debían separarse, como también se lo había prometido para que volviera al lado de su madre. No obstante, Cataline sabía que esto era lo mejor.

Celine volvería a la finca Pendleton con su madre, pero, según le había contado Zacharias, el joven secretario, el señor Pool pronto iría a visitarlas.

—¿Estás seguro de que lo hará? —le preguntó ella un poco incrédula, pero maravillada con la idea de que el señor Pool se hubiera fijado en Celine.

—¿Por qué te mentiría al respecto? Sé cuánto aprecias a esa muchacha.

—Ella es como si fuera mi hermana —remarcó.

—Me consta —adujo él, sonriéndole. Luego, la atrajo por el cuello y la besó, espantándola.

—¡Zacharias! —exclamó, porque estaban en la sala de costura; sin

embargo, terminó riéndose, pues sabía que nadie entraría allí a molestarlos.

Entonces, dejó de lado lo que estaba bordando y se colocó en sus piernas, besándolo por sorpresa. Él le correspondió con una sonrisa, consciente de que ella estaba sonsacándolo; así que lo siguiente que hizo fue desnudarla y tomarla como un semental en el sillón.

***

Seis meses después.

La noticia del compromiso del señor Robert Pool con Celine no los tomó por sorpresa. De hecho, tanto Cataline como Zacharias contribuyeron a que el romance llegara a buen fin; no obstante, las cartas que le enviaba la señora Cock acerca de su tía sí la dejaron atónita. Si bien no pensó que se quedaría mucho tiempo, tampoco imaginó que tomaría esa resolución. Al final, su tía Clara se armó de valor y habló con el señor Whitbey, a quien amenazó con exponer su situación y ponerla a consideración de su majestad, el príncipe Jorge. Esto fue lo que hizo reaccionar al viejo barón, que tuvo que desistir de tener una amante y conformarse con la baronesa. No obstante, la reputación de ambos yacía arruinada y tendrían que volver a reconstruirla.

***

Un año después.

La boda de Celine y Robert no se celebró en Dorhan, como se había pensado, sino en Helmsley, en la finca Pendleton, que dejaría de llamarse así cuando ellos ocuparan su lugar como los nuevos

señores de esas tierras. Cataline siempre pensó que quería conservarla, porque allí estaban sus más preciados recuerdos; sin embargo, había llegado el momento de desprenderse de lo último que la ataba a su pasado, no para mal, sino para bien, porque el deseo de su padre nunca fue perjudicar a nadie, sino favorecer a todos.

Zacharias le hizo prometer al señor Pool que cuidaría bien de lo que Cataline le entregaba en sus manos, y él prometió que daría lo mejor de sí. En parte, lo único que lamentó Zacharias fue que ya no tendría a su lado a un secretario tan diligente y discreto como el señor Pool; por el contrario, ella estaba feliz.

—Por suerte, aún puedes contar con el señor Bart —le dijo Cataline mientras él revisaba las solicitudes de los aspirantes a ser su nuevo secretario.

—Como si fuera tan fácil —adujo él mostrándose un poco aburrido, pues ninguno lograba llenar el buen perfil del señor Pool.

—Tal vez tenga que nacer —le dijo ella, y él la miró con un aire de sarcasmo.

—No bromees, Cataline; para cuando crezca, ya seré viejo o habré muerto —insistió él.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó ella poniendo sobre los papeles un par de medias chiquititas de lana que había bordado.

Esto llamó gratamente su atención, haciendo que su mirada se ensanchara.

—¿Intentas hacerme una broma? —le preguntó con mucha seriedad.

Ella negó con la cabeza, sonriendo, y él se puso de pie, saliendo de su escritorio para acercarse y cargarla como lo hizo la primera vez.

—¿Es niño o niña? —le preguntó emocionado.

—Aún no lo sé, pero lo sabremos con el tiempo —repuso ella encogiendo los hombros.

Zacharias sonrió, negando, pero rebosaba de felicidad por la alegre noticia.

—Esta es la mejor broma que me has hecho en la vida, mi dulce Cataline.

—Y tú eres lo mejor que me ha pasado a mí —afirmó, rebosante, sintiendo que su papel como la dama desesperada que se dejó conquistar por un encantador caballero había llegado a su final feliz.

Fin.

Una dama desesperada por encontrar el amor en medio de la tragedia.

Un hombre dispuesto a complacerla, aunque ella al principio lo ignore.



Cataline Pendleton, ha estado yendo de fiesta en fiesta con el objetivo de cazar un marido acaudalado que la libre de la quiebra en la que se encuentra. Sin embargo, no a todos los caballeros les resulta atractiva una mujer hermosa, pero sin fortuna.

Hasta que llega la inesperada propuesta de matrimonio del **conde**

Zachary Balfour, quien su única exigencia es que ella debe darle un heredero. El padre de Cataline ha dio el consentimiento para concretar el acuerdo matrimonial, porque necesitaba de su fortuna.

El problema es que ella es la última en enterarse de este arreglo, y solo lo ha sabido cuando ha fallecido su padre.

Dos personas que no se conocen, pero a quienes las circunstancias los terminan uniendo.

¿Qué nacerá entre ellos, un odio inevitable o un amor desenfrenado?

Juliana Cartland es colombiana y nació un 11 de febrero en un bello pueblo de las sabanas de Córdoba. Es una observadora compulsiva de la vida, y de todo aquello que le pueda proporcionar las ideas que necesita para crear sus historias.

Bajo el seudónimo de Girl-chick escribe romance contemporáneo, un género con el que ha enganchado a la novela romántica a muchas personas que, desde hace más de ocho años, se han encariñado con sus historias.

Con el seudónimo de Juliana Cartland y su obra *Lecciones de amor para un duque egoísta* inicia su periplo en el romance de época.



Edición en formato digital: septiembre de 2025

© 2025, Juliana Cartland
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Guz Anna, Shutterstock AI, Shutterstock.AI Generator

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-73-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Érase una vez un lord encantador y una dama desesperada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Juliana Cartland
Créditos